

CONSEJO NACIONAL DE EDUCACION

8 DE JULIO DE 1909

LA JURA DE LA BANDERA

CRÓNICA DE LAS CEREMONIAS
REALIZADAS EN LOS XIV DISTRITOS ESCOLARES DE LA CAPITAL

DISCURSOS ALUSIVOS AL ACTO

POR LOS

Dres. Osvaldo M. Piñero, Nicolás Avellaneda, Luis Peluffo, José M. Ungaro,
Juan Carlos Lagos, Pedro O. Luro, Martiniano Leguizamón, Manuel A. Montes de Oca,
señores Reyes M. Salinas, Jorge A. Boero y Alejandro Mohr.

DISCURSOS Á LA BANDERA

DE

DOMINGO F. SARMIENTO y BELISARIO ROLDÁN (hijo)

13233



BUENOS AIRES

8020—Est. Tipográfico EL COMERCIO, Moreno 1969-71

1909

164 x 243

La Jura de la Bandera

POR LAS ESCUELAS PÚBLICAS DE LA CAPITAL

CRÓNICA Y DISCURSOS PRONUNCIADOS

Ningún acto más á propósito para definir en las mentes infantiles el pensamiento aún impreciso en ellas del amor á la tierra, ninguno que más les impresione, como el juramento á la bandera que en el espacio breve de sus franjas, tiene, palpable, á la Patria tal como la sentimos: serena por la visión de los tiempos futuros, confiada, apoyándose en los corazones de sus millones de hijos.

Magnífica, pues, ha sido la ceremonia realizada el 8 del corriente mes en los catorce distritos escolares de la Capital, de acuerdo con las instrucciones impartidas por el Consejo Nacional de Educación. Pocas fiestas públicas han tenido en Buenos Aires el lucimiento de las que consignamos. El vecindario, que desde el primer momento auspició la idea con todo entusiasmo y se asoció á los festejos con el celo patriótico que siempre le caracterizó, ha visto cuarenta mil niños vibrantes de emoción, en toda la belleza de la infancia y de la infancia encendida en un ideal perenne, alzar sus manitas rosadas en un gesto digno de los mármoles. Grande debe haber sido el sentimiento que embargó á todos los que presenciaron los

juramentos cuando de los labios infantiles cayeron las palabras que sintetizaban el voto de fidelidad y de energía de toda una generación que magnificará á nuestra tierra. Esos momentos debieron parecer santificados. Y las flores que entonces se llevaron á las efigies de Sarmiento, de Belgrano, de la Libertad, significaban algo más que un homenaje fugitivo, porque las manos que ese día depositaron las corolas efímeras, son las mismas que mañana, en nombre de la posteridad ceñirán las cabezas de los próceres con el laurel de la gloria que desde ahora les sancionan los anales patrios y las mismas que recogerán de nosotros el pensamiento y la tradición de la nacionalidad para perpetuarlos hasta siempre.

Los aniversarios patrios no deben ser los únicos que se celebren para iniciar á las masas populares en la vida nacional, y uno de los hechos notables que definen el símbolo de la patria es la creación de la bandera por el general don Manuel Belgrano.

Debemos cooperar porque la historia y las tradiciones argentinas siempre se ofrezcan á la admiración del pueblo y evitar que el cosmopolitismo lo distraiga de los antecedentes históricos que definen claramente cuál es la existencia y el carácter de nuestra nación.

Inculcar y fomentar en la escuela el sentimiento patrio es uno de los fines primordiales que deben observarse, pues nuestras instituciones serán estables, nuestro progreso político y material no será detenido, la paz no será turbada por las convulsiones injustificadas de los partidos, cuando los ciudadanos sean conscientes de sus derechos y en cuyo ejercicio y cumplimiento tengan por norma el amor á la patria.

Modelo de patriota es el general Belgrano. La fe en el triunfo del ideal de formar una nación libre é independiente, hacían inconciliable en su espíritu de que se combatiese á la sombra de una bandera que se hacía flamear por los españoles para tener dominados á estos pueblos que se sentían capaces de gobernarse á si mismos.

Los consejos escolares distribuyeron al terminarse la jura, medallas conmemorativas del acontecimiento. Además en el local de algunas escuelas se celebró una amable fiesta en la cual los niños fueron obsequiados con láminas y dulces.

El texto del juramento pronunciado es el siguiente:

«La bandera blanca y celeste ¡Dios sea loado! no ha sido atada jamás al carro triunfal de ningún vencedor de la tierra.

Niños: esa bandera gloriosa representa la patria de los argentinos.

¿Prometéis rendirle nuestro más sincero y respetuoso homenaje; quererla con amor inmenso, y formar desde la aurora de la vida un culto fervoroso é inborrable en vuestros corazones; prepararos desde la escuela para practicar á su tiempo con toda pureza y honestidad las nobles virtudes inherentes á la ciudadanía; estudiar con empeño la historia de nuestro país, y la de sus grandes benefactores, á fin de seguir sus huellas luminosas y á fin, también, de honrar á la bandera, y de que no se amortigüe jamás en vuestras almas el delicado y generoso sentimiento de amor á la patria?; en una palabra, ¿prometéis hacer todo lo que esté en la medida de vuestras fuerzas para que «la bandera argentina flamee por siempre sobre nuestras murallas y fortalezas, en lo alto de los mástiles de nuestras naves y á la cabeza de nuestras legiones» y para que «el honor sea su aliento, la gloria su aureola, la justicia su empresa»?

En cada distrito el acto fué realizado en amplios recintos con todo gusto realzados por adornos alusivos y en plazas públicas, donde la amplitud del cielo y la presencia del sol, fueron el mejor dosel.

Publicamos á continuación breves crónicas de las fiestas celebradas en cada distrito en las cuales se leerán además los discursos pronunciados en esas ocasiones.

CONSEJO ESCOLAR 1°

Las escuelas del consejo escolar 1° realizaron la jura de la bandera en la plaza San Martín, frente al monumento del libertador de América que parecía presidir el acto.

Bellísimo era el cuadro que se presentaba ante la vista: la estatua del héroe de los Andes adornada por la Municipalidad con guirnaldas y guías de flores naturales, banderas y gallardetes. A su frente, un millar de niños con el semblante risueño y las manos llenas de flores, y por último como marco de este cuadro encantador, un público numeroso atraído por la novedad del acto y por las alegres marchas con que se alternaban la banda de policía y la del 3 de infantería.

A la 1 1/2 p. m. con toda puntualidad se dió comienzo á la ceremonia, hallándose presentes los miembros del consejo escolar 1° con su presidente el doctor Osvaldo M. Piñero, secretario é inspector técnico seccional.

A los primeros acordes del himno patrio todos los presentes se descubrieron con recogimiento, cantándolo los niños con verdadera afinación y notable unción patriótica lo que les valió una salva de aplausos.

La presentación de la bandera dió lugar á iguales demostraciones de religioso respeto y de entusiasmo desde su aparición hasta su colocación en el sitio de honor conducida solemnemente por una guardia formada por delegaciones de todas las escuelas mientras la banda de policía ejecutaba la marcha de Ituzaingó.

El himno á la bandera cantado magistralmente por los pequeños escolares dió lugar á que se renovaran los aplausos oyéndose de entre el público entusiastas gritos de ¡viva la patria!

Terminadas estas expansiones patrióticas, adelantó-

se el doctor Osvaldo M. Piñero, presidente del consejo escolar 1º, pronunciando un notable y conceptuoso discurso, que enseguida transcribimos y que fué acogido por unánimes manifestaciones de aprobación.

Discurso del doctor Osvaldo M. Piñero

Niños:

Os miro con emoción, alineados en torno á la bandera blanca y celeste, en la hora jubilosa en que vais á celebrar vuestros primeros esponsales en la vida. Es esta para vosotros la primera mañana de vuestra existencia ciudadana; ¡mañana memorable—si la hay—en que venís con las almas encendidas por los fuegos de la aurora juvenil, á prometer solemnemente á la bandera de la patria, el empeño abnegado de todas vuestras viriles capacidades, para sostenerla y defenderla en la hora de la prueba y del peligro.

Yo deseo, en el momento de recibir vuestro solemne voto, que os deis cuenta exacta de lo que simboliza esa bandera blanca y celeste, irradiado con los destellos del sol de nuestros engrandecimientos y de nuestras glorias!...

Yo quiero que vosotros, que venís así—¡niños aún!—tan confiados, tan libres, tan llenos de todas las esperanzas de la vida, á comprometer la magna promesa con la patria, lo hagáis con conciencia plena; con el corazón que siente cantar el himno de todas las alegrías. sin que una sombra fugitiva venga á perturbar la serenidad encantadora de vuestras almas juveniles!

¡Niños! ¡Esa bandera blanca y celeste que teneis ahí, acariciándola con vuestras miradas puras y candorosas, no ha sido nunca agitada por la jactancia enemiga, en son de trofeo del triunfo!...

Allí donde ella se desplegó, transparente como el ambiente inmenso, cuyos colores ha arrebatado, é inmaculada como el ideal de nuestros próceres, cuyas hazañas forman su aureola de gloria; allí estuvo siempre la pujanza incontrastable de sus hijos, para mantenerla dominante y victoriosa, en el fragor de los combates; en medio al luctuoso espectáculo de los abnegados mil, que cayeron defendiéndola!...

¡Tomo por testigo á Falucho, que por un designio de la Providencia se me asemeja como invitado *con justicia*, á compartir esta tocante ceremonia, para que nos diga con su voz de bronce, como saben los argentinos defender su bandera, cuando suena la hora clásica. . . .

¡Esa bandera blanca y celeste—niños—no ha abierto nunca sus pliegues amplios y generosos, en tierra de avasallamiento ó de conquista!

¡No habrá un solo hombre en la tierra, que al mirarla desplegada con sus colores, realmente celestiales pueda sentir un movimiento—en cierto modo inconsciente—de inconfesado rencor ó de suspicaz recelo, porque jamás ella se alzó en tierra alguna arrebatada por el derecho de la fuerza y de la victoria.

¡Esa bandera blanca y celeste ha sido siempre—¡y así debereis conservarla en el futuro,—una insignia de concordia internacional, un símbolo de libertad fraternal; una encarnación de generosidad y de desprendimientos ilimitados; un emblema de abnegación sorprendente, que cuatro repúblicas de América veneran, porque estuvo al lado de ellas, en las luchas cruentas de su independencia!

¡Esa bandera blanca y celeste se abre en alas del viento, dentro de los horizontes de la patria, para significar á los hombres de todas las razas y de todas las condiciones que ella ampara, en esta tierra hospitalaria, la noble igualdad; la libertad amplia; el trabajo fecundo; las aspiraciones grandes y elevadas; los ideales puros!

¡Es esa la bandera, cuya defensa abnegada vaís á prometerle en este momento, bajo las miradas auspiciosas del genio de los Andes, cuyo índice nos señala, como perspectivas próximas, el porvenir inmenso de la República Argentina.

Acto continuo, el citado doctor Piñero leyó con voz clara y firme, acentuando debidamente todas sus partes, explicadas previamente por los maestros en el aula, la fórmula del juramento y pedido que le fué éste, un *Sí, prometo!* espontáneo, enérgico y lleno de resolución fué la contestación del millar de niños que fusionaron sus voces como si hubiesen sido uno sólo.

Este fué el momento más emocionante de la ceremonia y el público conmovido y entusiasmado aplaudió calurosamente.

Con la marcha Viva la Patria cantada también en forma irreprochable quedó terminado el acto, empezando el desfile de las escuelas de niñas ante la estatua de San Martín arrojándole flores, mientras los varones en correcta formación y con verdadera marcialidad que motivó los comentarios favorables del público, rindieron igual homenaje á Falucho, el humilde héroe del Callao que murió por defender la bandera.

Terminados estos homenajes patrióticos las escuelas penetraron al Pabellón Argentino donde se les distribuyó medallas conmemorativas, láminas de la bandera y bombones en recuerdo del solemne acto realizado.

Todos los directores y maestros inclusive el señor Bulterini, á cuyo cargo estuvo el canto, fueron justamente felicitados por los miembros del Consejo Escolar y por el inspector seccional, señor Codino.

CONSEJO ESCOLAR 2.º

El acto de la Jura se efectuó en el local de la escuela Presidente Roca, convenientemente adornado con trofeos y follaje. Los alumnos se congregaron en el amplísimo patio, alternándose las escuelas de niñas y de varones. La concurrencia se situó en las galerías superiores. El coro infantil cantó el Himno Nacional y al terminarse éste, apareció, saludada por una salva de aplausos, la Bandera rodeada de una guardia de honor. Una salve unísona seguida del Himno de la Bandera llenó los aires. Inmediatamente subió á la tribuna el doctor Nicolás Avellaneda quien dijo en extracto:



Los alumnos del consejo escolar 2.º en el momento de jurar la Bandera en la escuela «Presidente Roca»

Que era bien sabido que para poder formar una sana y vigorosa nación, que asegurase para nosotros y para nuestra posteridad las glorias del pasado, las conquistas del presente y su marcha hacia lo que es la razón de vida de los pueblos —el progreso—era necesario que el niño que hoy se educa en la escuela y que será el pueblo de mañana, nos sea devuelto por ella en un hombre útil y patriota; y que esto se conseguirá no sólo con el perfeccionamiento y la difusión de la escuela, sino también celebrando siempre en ella ceremonias que como la Jura de la Bandera, tienen la virtud de conmover la fibra patriótica, evocando en el ciudadano un recuerdo querido y santo y despertando en el niño el sentimiento noble y grande de la patria, el que se grabará intensamente en su alma, pues las impresiones que se reciben en la infancia son imborrables». Recordó después la historia de la bandera argentina «de esa bandera celeste y blanca, gloriosa desde el primer día y símbolo de la unión y de la fuerza con que nuestros antepasados nos legaron patria y libertad». Y terminó demostrando á los alumnos la conveniencia de que «cuando fueran hombres no olvidaran las emociones de la solemne y patriótica ceremonia de la jura de la bandera y de que su recuerdo fuera siempre luz y revelación, enseñanza y ejemplo».

Le siguió en el uso de la palabra el señor Victorino Díaz, para pedir el juramento. Los niños contestaron con un vibrante: Sí juro.

En seguida, á los acordes de la marcha Viva la Patria, los niños organizados en columna se dirigieron hasta la estatua de Lavalle, donde depositaron flores.

CONSEJO ESCOLAR 3º

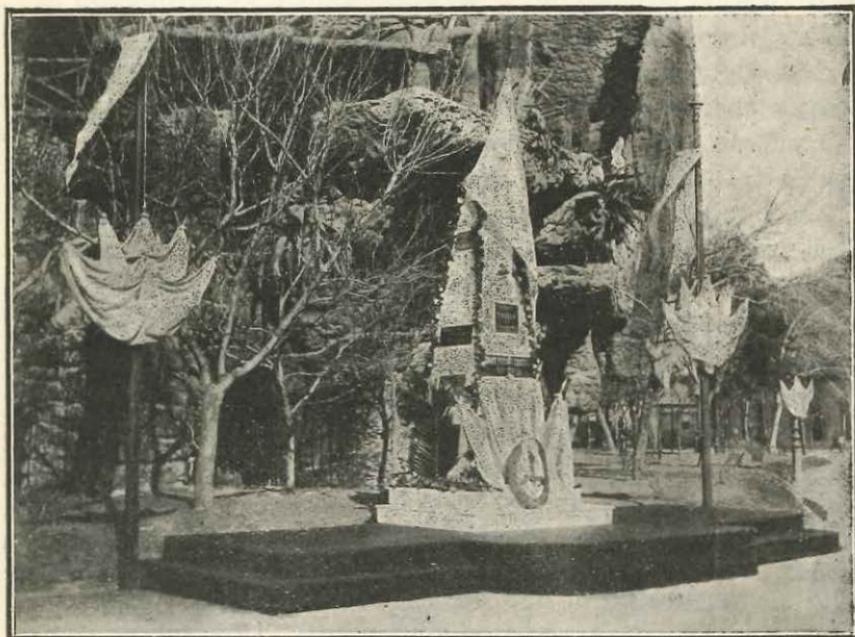
En la plaza Constitución se congregaron los alumnos de las escuelas públicas y particulares de este Consejo, rodeados por un numeroso público.

El altar de la patria, simbolizado por una sencilla

pirámide con inscripciones gloriosas, se había erigido cerca de la gruta cuyo aspecto de vestutez contrastaba con el marco de verdor que la circundaba.

Dió principio el acto con el Himno Nacional que fué cantado por más de dos mil niños, acompañados por la orquesta dirigida por el maestro Sr. Escobio.

Hecha la presentación y saludo á la bandera, el



La Pirámide, consejo escolar 3.º

presidente del consejo escolar doctor don Luis Pelluffo pronunció un elocuente discurso y con voz vibrante, llena de patriótica unción, solicitó el juramento á la bandera á los millares de niños allí reunidos que en un «sí, prometo» formularon su voto llenos de entusiasmo y decisión.

Con la canción «¡Viva la Patria!» Los niños desfilaron al compás de la marcha de San Lorenzo, arrojando flores al pie del altar.

Hicieron acto de presencia las escuelas particulares, «Nuestra Señora de Monserrat», «José M. Estrada», «Sarmiento Rollín», «General Güemes», «Humberto I» y «San Vicente de Paúl».

La ceremonia resultó imponente por la sencillez democrática del lugar, por la uniformidad y entonación de los cantos, hábilmente dirigidos por el señor Escobio, así como por la buena disposición del personal directivo y docente que prestaron todo su concurso para que el acto tuviese con la solemnidad debida.

El consejo escolar se hallaba representado por su presidente señor Peluffo, los vocales doctores Sa-guier y Derqui, y su secretario señor Héctor Zambra.

Hé aquí el discurso:

Discurso del doctor Luis Peluffo

Ya lo sabéis; estamos en el día consagrado al acto patriótico de la Jura de la Bandera; en la víspera del aniversario de aquel otro gran día en que nuestros ilustres antepasados abrieron con mano resuelta y firme la memorable página donde inscribieron la fórmula definitiva de la independencia argentina.

Permitidme entonces, mis jóvenes amigos, en esta conmemoración de tantos recuerdos inmortales, deciros que no existe visión comparable con la que primero ilumina el alma en la adolescencia y la arroja delirante y estremecida de emoción sobre el rastro luminoso de las leyendas que glorifican la patria; que no hay otro sentimiento más intenso y subyugador que ese del que sueña con el porvenir grandioso de su tierra natal, de ese pedazo de suelo bendecido por el reposar eterno de nuestros mayores y por el eco todavía cercano ó ya remoto del primer arrullo de amor de nuestra madre.

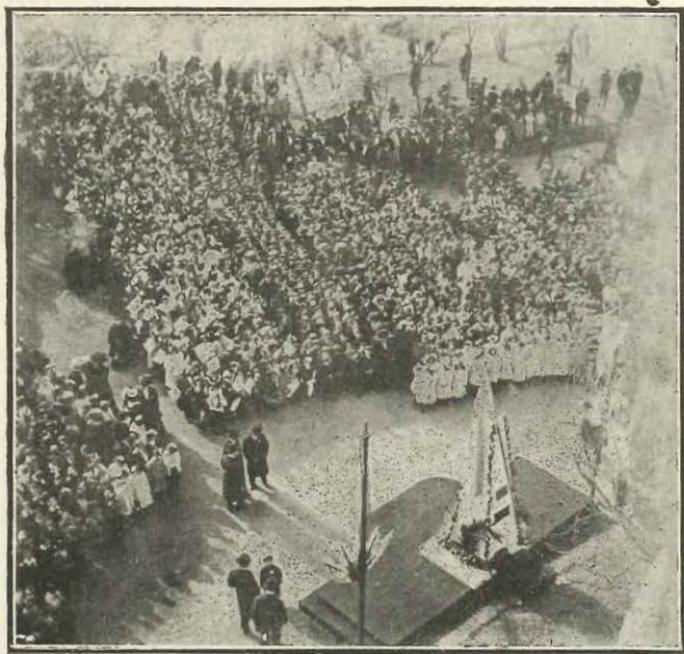
Ninguna imagen es por esto más fulgurante, ningún sonido más armonioso que la imagen de las llanuras nativas, que el rumor de los vientos en nuestras inmensas selvas tro-



El doctor Luis Peluffo dirigiendo la palabra á las escuelas del consejo escolar 3.º, en la Plaza Constitución

picales ó cuando empujan y rompen las olas sobre las poéticas riberas del Plata y en los solitarios acantilados de la costa magallánica, donde termina la lejanía de nuestras fronteras.

Recordad por esto mismo, en esta fecha culminante de los fastos nacionales, que perteneceis á una raza de hombres

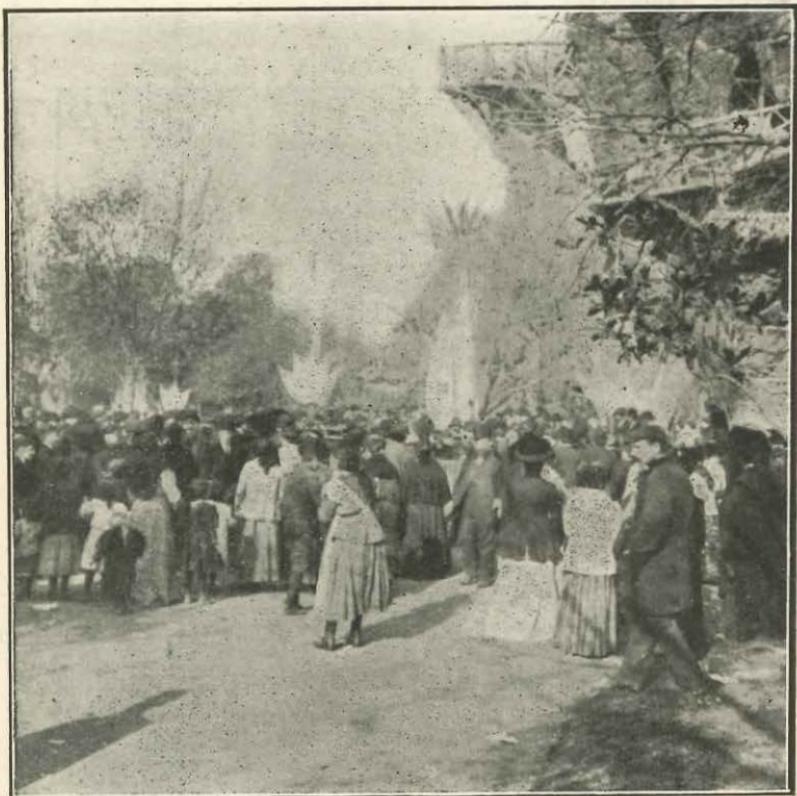


Formación de las escuelas, consejo escolar 3.º

valerosos y fuertes que no se limitaron á darnos autonomía propia, sino que agrogaron á esta gloria, la gloria de fundar la independencia de otros pueblos hermanos y que nuestros padres se lanzaron á esa lucha emancipadora de todo el continente, trasmontando la muralla andina, yendo á sacudir allí el sangriento sudario de los héroes araucanos y sin que fuera parte á detenerlos las incertidumbres y los peligros del mar, llegaron hasta el borde del lago sagrado de los Incas, evocando en las profundidades de los valles y por las

cumbres de las montañas el indómito ardimiento de sus guerreros caídos bajo el pesado escudo castellano.

Levantaron así, al compás resonante de nuestro himno marcial y entre el clamoreo de continuas victorias, a otros



Consejo escolar 3.º El público alrededor de la pirámide erigida en la Plaza Constitución, especialmente para el acto de la «Jura de la Bandera»

pueblos; dieron nuevas enseñanzas y vivificante libertad á otras naciones, hicieron resplandecer sin término antiguos soles ya muertos, y presagiaron auroras todavía lejanas; tremolando siempre y bien alto, como un emblema de redención americana, esta misma Bandera inmaculada y humanitaria que vais á jurar ahora como argentinos con la vista fija en sus hermosos colores de cielo y el pensamiento puesto en Dios

que es el testigo invisible pero imponente de todas nuestras promesas y de cada uno de nuestros juramentos.

¡Que no prestemos éste, en vano, para conservar íntegramente pura, desde este instante, toda la fe que nos inspira este pabellón y la futura grandeza nacional que á su sombra florecerá segura como fruto de bendición divina!

A su sola presencia se podrá elevar vuestro espíritu hasta el diapason sublime de los heroismos sacrosantos y á su recuerdo retemplareis vuestros corazones en todas las virtudes que enaltecen al ciudadano y que le impiden prestigiar, como por un misterioso impulso, todo aquello que la conciencia reprobaba, lo que el cívico deber condena, nada de lo que la patria maldiga.

CONSEJO ESCOLAR 4^o

Dos mil niños aproximadamente tomaron parte en la ceremonia de la Jura, que se verificó en el gran salón de la Sociedad José Verdi, de la calle Almirante Brown, decorado con adornos alusivos. Se destacaba en el escenario el busto de Sarmiento entre palmas.

El Himno Nacional inició el acto, cantado por los niños y acompañado por una orquesta de veinte profesores, bajo la dirección del señor Piaggio.

En seguida se trajo la bandera custodiada por veintiseis niñas y niños en representación de las escuelas del distrito. El presidente del consejo escolar, doctor José M. Ungaro, se puso en pie para pronunciar su discurso, concebido en los siguientes términos:

Discurso del doctor José M. Ungaro

Niños:

Habéis sido reunidos para festejar el glorioso aniversario de la patria con la realización de uno de los actos más trascendentales como lo es el juramento á la bandera. Desde este instante y á pesar de vuestra corta edad ligais con este



Las escuelas del consejo escolar 4.º en el teatro Verdi

acto vuestras almas y vuestros corazones á la noble y generosa patria que sólo reclama de sus hijos que sepan mantener vivo el sagrado fuego del amor hacia ella.

La bandera celeste y blanca que por vez primera hiciera tremolar á los vientos el glorioso general Belgrano, es el emblema con que la gran Nación Argentina se presenta ante el mundo haciéndose conocer como país libre. A su sombra se han realizado los actos más hermosos que un pueblo pueda realizar; llevada triunfante del uno al otro extremo del continente sudamericano, jamás inspiró en el alma y en el corazón de aquellos generosos y nobles soldados que la ostentaron como un emblema de paz y de civilización, otro sentimiento que la libertad de los pueblos hermanos.

Jamás sirvió para despertar ó satisfacer ambiciones de conquista, pero tampoco jamás ha sido objeto del menor ultraje, porque el viril pueblo argentino ha sabido conservarla con la gloriosa tradición que le fué legada.

A ella se han cobijado y se cobijan millares de inmigrantes de todas las partes del mundo, sin distinción de ideas religiosas ó políticas y sin más exigencias que demostrar que vienen con un propósito definido de respeto y de trabajo.

Es á ese hermoso emblema que representa los grandes y generosos ideales y los sentimientos altruistas de la patria argentina á quien vais á prometer amar, promesa que por partir de vuestras almas infantiles encarna el sello de la pureza que debe perdurar en vuestros corazones porque sólo así llegaremos á formar la patria que ambicionaron nuestros padres y cuyos cimientos construyeron con solidez, para que sobre ellos, podamos levantar el gran edificio de la nacionalidad argentina que desde ya despierta el orgullo nacional y la admiración del mundo.

A vosotros pues, que vais á ser los obreros del porvenir, os tocará continuar la realización de esta gran obra á cuyo cumplimiento desde ya quedais obligados por la promesa que vais á hacer.

¡Quiera el Supremo Hacedor iluminar y dar fuerza á vuestros guías en la escuela, para que puedan inculcar ó grabar en vuestros corazones, de modo tal, el cariño á la patria y á

su bandera que la representa, que sea imposible borrarlo, sin arrancar primero nuestras existencias!

Al extinguirse las palabras del doctor Ungaro, todos los niños prorrumpieron en un juramento.

La orquesta adoptó entonces la marcha Viva la Patria, después de la cual se exhibieron cintas cinematográficas.

CONSEJO ESCOLAR 5°

La jura de la bandera dió un aspecto de movimiento inusitado á la plaza Herrera donde se celebró. Enorme concurrencia llenaba las avenidas. Dos mil seiscientos niños prestaron el juramento luego de leída la fórmula habitual por el señor doctor Carlos Ruíz Huidobro.

El sentimiento patriótico que llenaba los pechos infantiles en ese momento, fué coronado por el Himno Nacional, la marcha Viva la Patria y otras piezas musicales. Terminada la ceremonia los niños recibieron medallas y láminas conmemorativas.

CONSEJO ESCOLAR 6°

En este consejo escolar, la Jura de la Bandera se efectuó en el amplio local de los cuarteles del 3° y 4° de infantería, en el Arsenal de Guerra cedido galantemente por el comandante Pereyra César, á las 2 p. m., ante un numeroso concurso de público.

Asistieron más de 3.000 niños, de 3° á 6° grados, de las dieciseis escuelas del distrito.

En los patios de los cuarteles se habían levantado espaciosos y cómodos tablados, soberbiamente adornados con los colores patrios. En uno de ellos se situó la orquesta, bajo la dirección del profesor C. Fontova, inspector de música del distrito 6°, y el otro

palco fué ocupado por la comisión de niños encargada de custodiar la bandera que iba á ser jurada, por los directores de las escuelas, miembros del Consejo, el inspector técnico señor Oviedo y numerosos vecinos.

Las escuelas llegaron en el más perfecto orden y tomaron la posición que les estaba designada de antemano, dejando sus banderas á la entrada del local, para recojerlas á la salida.

El Himno Nacional, así como el saludo á la Bandera fueron cantados admirablemente y con el mayor entusiasmo, siendo los alumnos muy aplaudidos. En seguida, el señor Juan Carlos Lagos, en representación del Consejo Nacional y del consejo escolar 6º, á que pertenece, pronunció el discurso que sigue:

Discurso del Dr. Juan Carlos Lagos

Señores Profesores:

Alumnos de las Escuelas del Consejo Escolar 6.º:

El acto que millares de frescas y bien timbradas voces infantiles acaban de iniciar, entonando entusiastas y reverentes la veneranda canción nacional, que tan hondamente repercute en todo corazón argentino siempre que la niñez la canta, como un incienso de amor y de pureza ofrendado á los próceres ilustres y á la gloriosa epopeya patria, aparece rodeado de sencillez espartana, pero tiene en sí mismo todos los caracteres propios de los más grandes actos votivos de la Patria, en los cuales resplandece el patriotismo con fulgores que iluminan y caldean el alma y la llenan de admiración por las glorias del pasado, de orgullosa satisfacción por la prosperidad del presente y de alentadora fe en la grandeza que clarea ya en el mañana, grandeza que la nueva generación, esta generación que viene hoy, con sanas é ingenuas alegrías, á consagrarse á la Patria, será la encargada de hacerla brillar con todo el esplendor de un ardiente mediodía.



Las escuelas del consejo escolar 6.º, en el patio del Arsenal de Guerra

Este acto, fruto de una noble inspiración patriótica del Consejo Nacional de Educación, congrega este mismo día más de cincuenta mil niños en rededor de los altares de la Patria, á la sombra bienhechora de la bandera blanca y celeste, nunca vencida, tan grande en los campos de la victoria como sufrida y digna en los del infortunio; tan esforzada y triunfante en las fatigas de la guerra, como en los trabajos de la paz, y tan generosa siempre en toda su existencia que parece dos inmensos brazos abiertos amorosamente en un llamado universal á todos los hombres de buena voluntad que quieran echar, á su vera, los cimientos del hogar definitivo, labrando su dicha y prosperidad al amparo de esta bandera, que es como un cielo cuyo centro se alza majestuoso y nunca nublado un sol que irradia para todos los habitantes de esta tierra de promisión, libertad, justicia, paz, trabajo, progreso y bienestar.

Y todos esos millones de niños, al igual de vosotros, alumnos de las escuelas de San Cristóbal se agrupan alborozados en torno de esta enseña bendita, lujo inmortal del acrisolado patriotismo de Belgrano, para jurar, desde el fondo de los infantiles corazones, con entusiasmo que contagia y emociona, consagración á la Patria y á su invicta enseña, como símbolo y personificación de la Patria misma.

Es toda una generación próxima á florecer la que trae sus votos y sus juramentos al pie de esta bandera gloriosa, que ha sido heraldo y paladín victorioso de libertad en más de medio continente, de esta bandera que ha tremolado, coronada de lauros inmarcesibles, en la nevada cima de los Andes, como si á su grandeza de gigante no cuadrara otro pedestal que la grandeza de la gigante Cordillera!

Es toda una generación, retoño sano, viril y hermoso de una raza que acentúa mejor sus características de inteligencia, fuerzas, bondad, belleza, labor y perseverancia cuanto más se multiplica y crece el ramaje del árbol secular, la que se consagra, por medio de esta sencilla pero tocante ceremonia al servicio militante de la Patria, contrayendo con ella, ante el testimonio de los que formamos la generación actual, el compromiso solemne de amarla, honrarla, servirla noble-

mente, defenderla y sacrificarse por ella si fuese menester para conservar íntegro su patrimonio de honor y de gloria ó para acrecentar su grandeza.

Alumnos de las escuelas del consejo escolar 6.º:

En representación del Honorable Consejo Nacional de Educación y del consejo escolar 6.º, cábeme el singular honor de recoger de vuestros labios juveniles y de vuestros corazones rebosantes de sincera admiración, la promesa solemne que, desde este instante, os ligará á los destinos de la Patria y os impondrá el deber categórico de ser los estudiantes más aventajados en el triple sentido de la fortaleza intelectual, moral y física, para ser mañana los ciudadanos más representativos, más eficaces en el bien y en el progreso, capaces de cosechar para la República, en obras de cultura general, de ciencia, de arte, en elevados ejemplos de virtud, de heroísmo, de filantropía y en fecundos esfuerzos de labor perseverante progresista, una grandeza, una prosperidad y un prestigio tan fuertes é inmovibles que la hagan, sin disputa, lo que ya ha comenzado á ser: la primera nación de Sud-América.

Seguramente, vuestros maestros ya os lo habrán enseñado é inculcado con claridad en vuestros espíritus: á la patria se la sirve de muchos modos concurrentes á la conquista de un más seguro y difundido bienestar y de una fuerza más respetada y envidiable: el soldado la sirve con su bravura, lealtad y abnegación; el sabio, con sus largas y pacientes vigiliass, en las cuales arranca, del filón inagotable de la ciencia, tesoros que enriquecen el alma, ennoblecen la inteligencia y hacen la vida más digna de ser vivida; el poeta, el filósofo, el historiador, creando monumentos literarios, en los cuales el pensamiento brilla á través de los tiempos y de las edades, con luz más pura y admirable; el maestro, enseñando desde los primeros años, el camino del bien á las nuevas generaciones y encendiendo en las jóvenes inteligencias las primeras luces del saber; el inventor, imaginando y construyendo obras sorprendentes, que parecen verdaderos milagros y son, en realidad, vigorosos aletazos del águila del progreso; el hombre de empresa, con iniciativas que son semilla generosa de ade-

lantos fecundos; el capitalista, contribuyendo con su dinero á la implantación de prósperas empresas ó á la explotación de nuevas fuentes de riqueza; por fin, el obrero, cualquiera que sea su trabajo, desde el que pasa su vida en las fábricas, hasta el que cultiva los campos, no es el menos digno de respeto de todos los factores del engrandecimiento nacional: él representa el músculo y también la inteligencia humilde, siempre en acción, dando de sí cuanto puede dar para que la tierra produzca sin descanso, para que los campos inhabitados se transformen en pueblos florecientes, para que el arado y el riel conquisten y civilicen vastas extensiones desiertas é improductivas y para que las industrias y el comercio se alcen más pujantes y poderosos como expresión sintética de todo lo gigantesca que es la actividad humana.

De todos estos caminos, conducentes al meritorio y eficaz servicio de la patria, elegid cada uno de vosotros el que más os convenga de acuerdo con sus tendencias y aptitudes especiales, y consagraos con energía perseverante y firmísima voluntad á recorrerlo, seguros de que al fin sereis ciudadanos dignos de encomio y de respeto, de que hareis honor á vuestra raza y á vuestro pueblo y de que el hombre habrá cumplido noblemente la promesa que el niño formula en este momento.

Señores:

Levantemos nuestros más fervientes votos —dijo— para que á la sombra de los colores blanco y celeste del gran pabellón argentino, que flamea inmaculado en todos los ámbitos de la tierra civilizada hijo predilecto de la victoria, podamos continuar venturosos y felices por el camino de prosperidad y bienestar honrosamente ganados, para que las generaciones que vengan puedan decir que hemos sido los hijos dignos de recoger la gloriosa herencia que los abnegados fundadores de esta patria grande, hospitalaria y generosa, nos legaron para bien de nosotros y de todos los hombres del mundo que quieren habitarla.

El señor Lagos leyó la fórmula del juramento á la que contestaron todos los niños, levantando sus manos y pronunciando un unánime y entusiasta: «Si, lo prometemos.»

Se cantó en seguida el «Viva la Patria», con todo brío, y las escuelas iniciaron un desfile, de ocho en fondo, con la mayor corrección, llamando justamente la atención del público, la disciplina de los alumnos y la perfección con que efectuaron el desfile, que se continuó por la calle Pichincha, entre los aplausos del público estacionado allí.

Los alumnos al pasar por frente á la bandera jurada, la saludaban y la cubrían de flores.

En resumen, el acto ha sido sencillo pero sumamente tocante por el entusiasmo de los niños y del público, así como por el orden y disciplina que han revelado las escuelas.

El Himno Nacional y los demás cantos escolares han tenido una ejecución irreprochable y todos los asistentes á esas fiesta han recogido gratísimas y perdurables impresiones.

Contribuyeron á dar mayor novedad y animación al acto los marciales batallones del 3° y 4° de infantería, que regresaban de la jura de la Bandera, en el Hipódromo, en el momento mismo en que los alumnos prestaban también el mismo juramento.

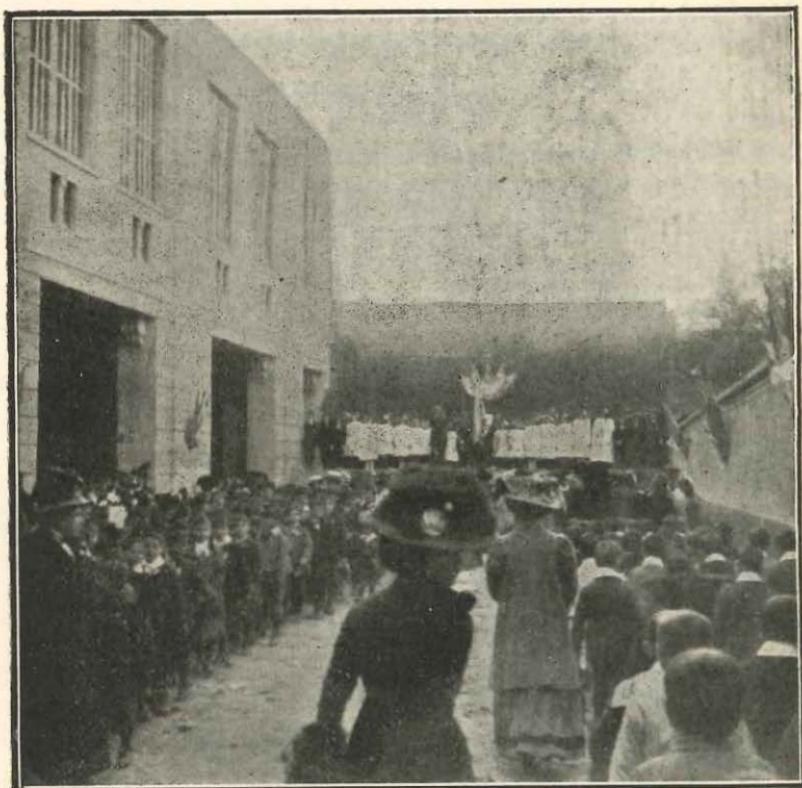
Al regreso de los niños á sus respectivas escuelas, fueron obsequiados con masas, bombones, etc., enviados por el consejo escolar y se les distribuyó los retratos y cartulinas conmemorativas, enviadas por el Consejo Nacional.

Los maestros celebraron también con un lunch el acto realizado.

CONSEJO ESCOLAR 7.º

La escuela núm. 5 de la calle Cuyo 2573, fué el lugar elegido para verificar la Jura. Concurrieron dos mil trescientos niños. La bandera apareció escoltada por dos alumnos de cada escuela. El Sr. Reyes M. Salinas habló á la concurrencia y terminó su alocución con estas palabras:

«Todo eso y mucho más os recuerda mis queridos alumnos la bandera de la patria cuando pasa al frente de sus regimientos y os descubrís con veneración y respeto. Pero tam.



Las escuelas del consejo escolar 7.º, en la escuela elemental de niñas del mismo, desfilando á los acordes de la marcha «Viva la Patria»

bién os dice que ella preside hoy los destinos de un gran pueblo, libre, rico, generoso, justo para todas las naciones y para todos los hombres del mundo que quieran venir á compartir con nosotros las savias de esta tierra». «Y por eso estamos hoy reunidos en su homenaje. Saludadla con amor porque ella es vuestra. Saludadla con amor porque ella es inmaculada como vuestros ensueños. Saludadla con veneración por lo que ella os recuerda. Saludadla con respeto por lo que ella significa. Y no lo olvideis mis alumnos, desde hoy y para siempre, vosotros niños, jóvenes mañana, esperanza fundada de la patria: la bandera es la imagen viviente del pasado, la gloria del presente y la esperanza luminosa del porvenir».

Acto continuo el presidente del Consejo, Dr. José María Achával, tomó el juramento solemne.

Después de cantar la «Canción Nacional» los alumnos desfilaron ante la bandera, arrojando flores á su paso.

De vuelta á las escuelas, los niños recibieron láminas y textos del Himno Nacional, mandado preparar por el consejo escolar.

CONSEJO ESCOLAR 8.º

En la escuela «Presidente Mitre» cuidadosa y elegantemente engalanada, tuvo lugar la jura de la bandera.

Cantados el Himno Nacional y el saludo á la bandera, el Sr. Jorge Angel Boero pronunció su alocución que por su fervor patriótico y ser tan al alcance de los niños, fué calurosamente aplaudido y felicitado por los concurrentes.

Acto continuo los niños juraron la bandera que les fué presentada por un grupo de compañeros.

Luego, al compás de la marcha «Viva la Patria» desfilaron ante las gloriosas enseñas, retirándose del recinto, después de ser obsequiados con finas cartuli-

nas con los colores nacionales y medallas conmemorativas.

Terminado el acto, los maestros y demás personas presentes fueron obsequiadas con un lunch por el consejo escolar. El Dr. Suárez presentó al Sr. Lerroux, quienes hicieron uso de la palabra para elogiar la actuación de los maestros y manifestando que se retiraban gratos y profundamente impresionados por la tocante ceremonia que habían presenciado.

Ha sido una fiesta llena de entusiasmo y patriotismo.

He aquí el discurso:

Discurso del señor Jorge A. Boero

¡Jóvenes alumnos!

Todos los pueblos libres de la tierra tienen sus días consagrados á conmemorar los hechos más brillantes de su historia, condensando en ellos como el *alma máter* de sus respectivas nacionalidades, con sus tradiciones, sus luchas, sus sacrificios y sus glorias.

El Consejo Nacional de Educación ha tenido la feliz idea de realizar la solemne y patriótica ceremonia de la jura de nuestra bandera y que en estos momentos hace vibrar entusiasta el alma juvenil en todos los ámbitos de la República, en uno de nuestros clásicos aniversarios que evoca el recuerdo del histórico Congreso de Tucumán, que en el fausto 9 de Julio de 1816, con plena conciencia del derecho y de la voluntad de los pueblos que representaba, y ratificando de una manera clara y perentoria el verdadero fin de la revolución de Mayo, declaró: «rotos para siempre los violentos vínculos que nos unían con la monarquía española, Fernando VII, sus sucesores y metrópoli»; levantando sobre las ruinas del poder colonial sostenido por los vetustos pilares de la esclavitud política y del monopolio comercial, el magno edificio de la nacionalidad argentina, sustentado sobre la amplia base de la soberanía nacional y los principios democráticos.

Y en verdad, no podía presentarse á la juventud estudiosa un ejemplo más elocuente de entereza cívica que el de aquellos esforzados varones que, sin arredrarse ante los mayores contrastes militares y en medio de luctuosas contiendas fratricidas, sacrificando todo lo que nos es más querido: vida, hogar y fortuna, no tuvieron otra aspiración que ver independiente y libre la tierra donde nacieron y que ellos ilustraron con sus virtudes y regaron con su sangre.

Á la mente de todos vosotros se agolpan al unísono los venerandos nombres de *Moreno*, el fogoso tribuno, el primer pensador de la revolución, que no necesitó brillar sino un instante en el cielo inmortal de nuestra lucha emancipadora, para vivir eternamente en el corazón de sus conciudadanos como el verbo encarnado de la democracia argentina. De *Belgrano*, el austero ciudadano improvisado general, el inspirado creador de la enseña azul-celeste y blanca, que hiciera flamear triunfante en los campos de Tucumán y Salta y desplegara como áncora de salvación en los momentos supremos de dolor y de infortunio; y que sino tuviese otro mérito que el de no haber desfallecido jamás en la magna empresa á la que consagrara todo el calor de su alma ingenua y fervorosa, bien habría conquistado los honores de la apoteosis por sus espartanas virtudes y sus abnegaciones sublimes. De *San Martín*, el genio militar más vasto y metódico de la epopeya revolucionaria, el vencedor de San Lorenzo, Chacabuco y Maipo, el libertador de Chile y el Perú, que llegado á la cumbre del poder y la popularidad, descendió sereno desde su alto pedestal y despojándose voluntariamente de su investidura militar y política, fué á confundirse como Cincinato, el austero dictador romano, entre las filas de la multitud, demostrando á propios y extraños, que no albergó en su noble espíritu otra ambición que no fuera la grandeza y felicidad del continente que había redimido, á la par de Bolívar, con su espada victoriosa: ¡Por eso vive en el templo de los elegidos, iluminado por los resplandores de la gloria!

¡Jóvenes alumnos! La bandera que con unción patriótica váis á jurar, es la misma en cuyo holocausto sacrificara es-

toicamente su vida el intrépido *Falucho*, enalteciendo á toda una raza que había abrazado con entusiasmo la noble causa de la revolución; es la misma á cuya sombra el comandante Lavalle, ese Bayardo del ejército argentino, renueva con su heroica proeza de Río Bamba, las legendarias hazañas de las leyendas homéricas; es la misma que *Brown* y *Buchardo*, pasearan triunfantes por todos los mares del mundo, la misma, en fin, que siguiendo al ave simbólica de la emancipación americana por la «ruta etérea de su vuelo olímpico» en pos de la gloriosa enseña de sus amores, habremos de encontrarla en los inmortales campos de Junín y Ayacucho sobre la abrupta plataforma andina que domina los inmensos valles del Orinoco y el Amazonas, allí donde confundidos en fraternal abrazo colombianos y chilenos, peruanos y argentinos, destrozaron para siempre las aguerridas huestes del despotismo y que tratados por los vencedores con todos los honores que merecen el valor y el infortunio, fueron á luchar en la madre patria, por sus propias libertades, ya saturadas por el espíritu de libertad palpitante en la vírgen América.

Pero, nuestro país, cuyas legiones habían contribuído generosamente á la emancipación de medio continente, no se vió libre de injustas agresiones, que sirvieron para demostrar una vez más el temple viril de sus hijos. Os recordaré una de ellas: En 1848, durante el gobierno de Rosas, una poderosa flota anglo-francesa que bloqueaba nuestras costas, dirige sus ataques á un destacamento que situado á las márgenes del Paraná, en la vuelta de Obligado, trataba de impedir el paso de la escuadra enemiga. La batería argentina y sus escasos defensores fueron aniquilados por las fuerzas y los cañones europeos; allí fueron recogidas dos banderas nacionales; y al devolver una de ellas, decía el almirante inglés: «no puede considerarse como un trofeo, la bandera encontrada en el campo de batalla cuando se hallan fuera de combate ó han sucumbido heroicamente todos sus defensores», como nadie considera una hazaña de los persas los despojos tomados á Leonidas en las Termópilas, al morir por el honor, por la libertad y por la patria!

La idea de la nacionalidad, encarnada en nuestra bandera, debe levantarse siempre sobre los enconos y apasionamientos de las luchas de partido. Así lo reconocía con elocuente espontaneidad el vencedor de Caseros, general Urquiza, al cual se debe en primer término la organización constitucional de la República, obra completada después por el ilustre patriota con cuyo nombre se honra esta escuela, y que al abrir



Las escuelas del consejo escolar 8.º, congregadas en el patio de la superior de niñas «Presidente Mitre»

las sesiones del Congreso Constituyente de Santa Fe decía, lamentando la ausencia de los representantes de la grande y hermosa Buenos Aires: «Esta ausencia no puede significar un apartamiento para siempre: es un accidente transitorio. La historia, la geografía, los pactos, vinculan á Buenos Aires con el resto de la Nación. Ni ella puede vivir sin sus hermanas ni sus hermanas sin ella. ¡En la bandera argentina hay espacio para más de catorce estrellas; pero no puede eclipsarse una sola!»

La lucha por la independencia y la organización han terminado, y la Argentina, libre, unida y fuerte, sigue su ruta triunfal por la amplia vía de la paz y de la civilización en los tiempos propicios en que todas las manifestaciones de la actividad y del progreso humano, se dirigen á un fin tan noble como altruista que se sintetiza totalmente en la palabra *solidaridad*. Y donde realizar mejor la «eterna comunión de las naciones» que en nuestro hermoso y hospitalario suelo, el más fértil y atrayente del mundo; tierra bendita donde el hombre puede vivir en perfecta armonía con la naturaleza y donde la ola de la humanidad, en su eterno rodar en busca de playas propicias á su bienestar, no encuentra región que no brinde á manos llenas sus más preciosos dones á la labor inteligente y fecunda.

¡Jóvenes alumnos! Ciudadanos de mañana, que habéis de formar sin duda una generación mejor que la presente. A vosotros os está reservada la honrosa y difícil tarea de afianzar en el porvenir tan hermosas conquistas, para que vuestro país se destaque al mismo tiempo que por sus asombrosos progresos materiales, por la cultura cívica y moral de sus hijos entre los pueblos más libres y civilizados de la tierra. Entonces podremos considerarnos dignos descendientes de los que fundaron la nacionalidad argentina, de los que organizaron constitucionalmente la República, de todos los que han luchado por la noble causa de las libertades públicas y de los eternos ideales encarnados en la bandera celeste y blanca que ¡«Dios sea loado! no ha sido atada jamás al carro triunfal de ningún vencedor de la tierra».

¡Niños! «Esta bandera gloriosa representa la patria de los argentinos... ¿Prometéis hacer todo lo que esté en la medida de vuestras fuerzas para que la bandera argentina flamee por siempre sobre nuestras murallas y fortalezas, en lo alto de los mástiles de nuestras naves, y á la cabeza de nuestras legiones, y para que el honor sea su aliento, la gloria su aureola, la justicia su empresa?»

—Sí, lo juro.

Enpresencia del juramento que acabáis de prestar y que os identifica para siempre con la patria argentina, invoque-

mos al Eterno, «fuente de toda razón y justicia, para que la obra de la libertad constitucional no sea demolida, sino con el último sol, que ilumine á la tarde postrera del mundo!»

CONSEJO ESCOLAR 9

Cerca de dos mil niños participaron en la Jura que realizó este Consejo en el local de la escuela «Gregorio Pérez». Presentes los miembros del consejo escolar á la 1.30 p. m., se dió principio á la fiesta con el Himno Nacional ejecutado bajo la dirección del maestro señor Serpentiní y cantado correctamente por todos los niños.

La Bandera se alzó rodeada por la delegación de los representantes de las diez escuelas situados en un tablado especial. La concurrencia que llenaba los pasillos, galerías y salas inmediatas, tributó un aplauso entusiasta y espontáneo á la enseña de la Patria. El coro de niños, acompañando á la orquesta, cantó entonces el «Saludo á la Bandera». Cumplido este número el doctor Pedro O. Luro, dirigió la palabra á los niños en la forma brillante y sentida que se va á leer:

Discurso del doctor Pedro O. Luro

Señoras: Señores:

Jóvenes educandos del 9° Distrito Escolar:

Ninguna fecha podía ser más propicia á la realización de un acto que habla tan hondamente al patriotismo de los argentinos, como esta fiesta julia evocadora de uno de los más grandes acontecimientos de nuestra historia.

La jura de la bandera por los niños de las escuelas públicas, representa en su sencillo ceremonial el vínculo más poderoso del futuro ciudadano con lo que mayormente simboliza la nacionalidad. Esos colores arrebatados al cielo, co-

mo lo dijera uno de nuestros poetas, nada significarían por el simple hecho de asociarse en el papel ó en la tela, pero, desde que tomen la forma de una bandera dividiéndose en tres fajas horizontales en las que el blanco separe al azul y ambas se unan á una asta para erguirse en los aires, ya es la nación misma la representada en el emblema, es la bandera de los Andes y de los cien combates que inmortalizaron las armas de nuestra patria en la epopeya gloriosa de nuestra emancipación.

La marcha de la humanidad está íntimamente ligada á este culto de la bandera desde los tiempos más remotos, y con posterioridad á las doce tribus de Israel, los caldeos, asirios y persas expresaban por medio de emblemas su ideal guerrero ó su anhelo de incipiente cultura.

Y así como variaron los emblemas según los distintos pueblos y las distintas civilizaciones, así variaron también sus colores, ya fuera el rojo púrpura de César, el azafrán de los primeros francos, el azul de Carlos VI ó el estandarte real de Felipe Augusto, de color blanco con flores de lis bordadas en oro.

Una misma nación ha tenido sucesivamente dos banderas de colores y significación distintas. Al blanco de la realeza los revolucionarios franceses de 1789, agregaron el rojo y el azul creando la bandera tricolor, gloriosa bajo los ejércitos de la primera República y más gloriosa todavía en las memorables guerras del Imperio. Las águilas de la bandera napoleónica se abatieron durante la Restauración, resurgieron durante el gobierno de los Cien Días para ser nuevamente substituídas por la bandera blanca con la flor de lis en los reinados de Luis XVIII y Carlos X, y volver definitivamente á recuperar su rango como emblema de las grandes victorias republicanas é imperiales.

Todas las naciones profesan á su bandera un culto que si no toca á la superstición como entre los romanos, es siempre ferviente y entusiasta. Hay en ella una alma que vibra con la nuestra y su lenguaje es el de cada nación que ama sus colores, se embriaga con sus victorias y envuelve piadosamente en sus pliegues los restos venerandos de sus grandes ciudadanos.

La bandera que váis á jurar es la bandera de nuestras grandes victorias, la que el patriotismo de quienes nos dieron existencia de nación libre y soberana confió á la guarda de las generaciones argentinas que siguieron á la emancipación,



El doctor Pedro O. Luro dirigiendo la palabra á los niños del consejo escolar 9.º, congregados en la escuela superior «Gregoria Pérez»

á las actuales generaciones y á las que en la sucesión de los tiempos transmitan con sus colores immaculados el culto de sus próceres, la memoria de sus virtudes, la tradición de sus glorias militares, el espíritu fraternal de concordia americana, y su ideal generoso de una América independiente, culta y progresista impulsada por un anhelo de justicia y de felicidad humana, como suprema aspiración de sus pueblos y de sus instituciones.

La bandera de nuestros mayores, la que el viejo luchador del Facundo mostraba en una oración ardiente como el símbolo sagrado de nuestras glorias, la que paseó triunfante la mitad del continente para ir á confundir sus colores con la que tremolaban las huestes vencedoras de Colombia, esa bandera pura y querida es la que váis á jurar, mis jóvenes amigos, en esta hora de inolvidable recuerdo para toda vuestra existencia.

He dicho.

En seguida se verificó el solemne juramento.

Los juramentados se retiraron al acorde de la marcha «Viva la Patria», en dirección á las escuelas respectivas, donde fueron obsequiados con las láminas y medallas hechas á ese efecto.

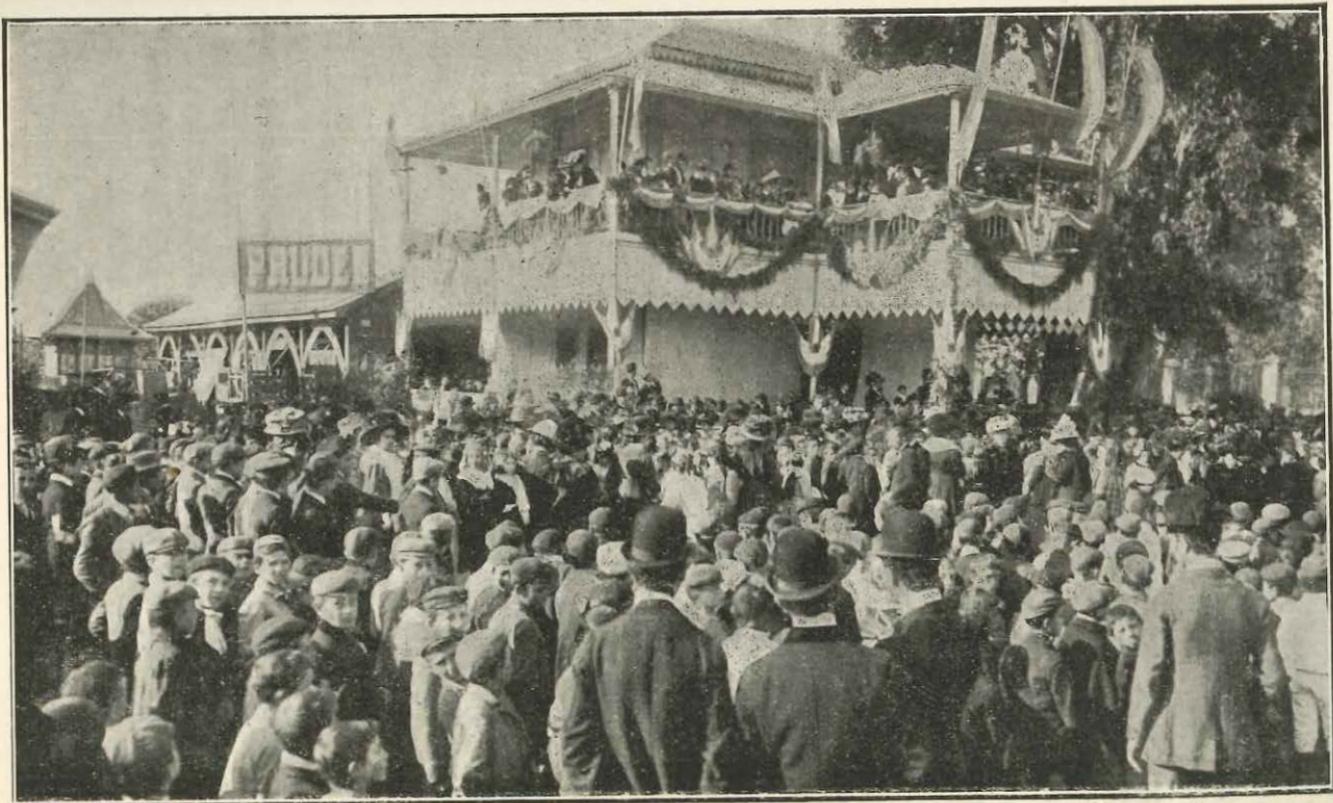
Hicieron también uso de la palabra en los momentos de la ceremonia los señores Lorenzo Lucena, Julio Pelletán, Nicolás Coronado, Florencio Mosquera y Jorge Vélez.

CONSEJO ESCOLAR 10°

Una lucidísima y simpática fiesta resultó la ceremonia de la jura de la bandera, realizada por 3000 niños de las escuelas públicas del distrito, á los que se unieron 900 alumnos de las escuelas evangélicas de M. Morris y varios colegios particulares.

El juramento se hizo sobre un hermoso estandarte de seda, regalado por el personal docente que con aquel acto generoso se asoció á la patriótica ceremonia.

Era de ver el júbilo y el aire gallardo de la numerosa caravana infantil, tendida á lo largo de la avenida central de la Exposición Rural entre oriflamas y guirnaldas de flores bajo la caricia del cielo radioso, entonando las estrofas del Himno Nacional ó el saludo á la bandera; y aquel—¡si lo juro!—vibrante y unísono como si hubiera sido pronunciado por una sola voz que subiera del fondo del estremecido cora-



Las escuelas del consejo escolar 10.º, en el local de la Sociedad Rural Argentina

zón, cuando el presidente del consejo escolar terminó su oración á la bandera y les exigió el juramento.

Y era digno de mirar la entusiasta bazarra con que desfilaron ante la tribuna oficial y se alejaron entonando la marcha ¡Viva la Patria! con que parecían acentuar su promesa de amor á la enseña nacional, entre los aplausos de la muchedumbre.

Presidió el acto el doctor José María Ramos Mejía con los vocales del Consejo Nacional doctores José B. Zubiaur y Pastor Lacasa, el secretario don Alberto Julián Martínez, inspector Bismark Lagos, ingeniero Ricardo Silveyra, y los miembros del consejo escolar doctor Martiniano Leguizamón, Ricardo Reto y Manuel Gianetti y el secretario Ricardo C. Cáceres. Ocupaban además el palco oficial el general Francisco Leyría, Dr. Manuel A. Montes de Oca, Dr. Enrique A. Spangemberg, D. Tomás Estrada, D. Juan Canter, coronel Teófilo Fernández, Dr. Arturo Giménez Pastor, D. Alberto Gerchunoff, D. Matías Ramos Mejía, D. Luis y Jorge Peralta Ramos, D. Juan María Cabral, Dr. Alejo Almada, D. Alberto Campos, Mr. William Morris, D. Eusebio García Ibarra, D. Carlos N. Vergara, don Marcelo Leguizamón, D. Antonio Rossi, don Jaime Uranga, don Francisco D. Segovia, don Arturo F. González, don José Sainz Camarco, don Nicolás Trucco, don Manuel López Anaya, etc.

Entre la distinguida concurrencia que presenciaba la fiesta, se encontraban las familias de Leguizamón, Molinari, Spangemberg, Giménez Pastor, Cáceres, Cabral, Roca, Lagos, Fernández, Peralta Ramos, Estrada, Manzano, Rossi, Ripamonte, Barberis, Córdoba, Correa, Uranga, Segovia, Ballester, Terán, Folgueras, Seijó, López Anaya, Pouchón, Wells, Almada, Dónovan, Blanco Spangemberg, Reto, Gianetti, Iparraguirre, Aráoz, Zubiaur, Alvarez, Palacios, Molina, Arroqui, Leyro, etc.

Terminada la ceremonia, que fué amenizada por una orquesta de 15 profesores bajo la dirección del

profesor Baldasare, se repartieron á los niños bombones, medallas conmemorativas y dos bonitas láminas en colores con la bandera y unas décimas del doctor Giménez Pastor.

Una parte de la concurrencia pasó después al local del Consejo donde fué obsequiada con un lunch, pronunciándose con ese motivo entusiastas brindis por la realización de tan brillante ceremonia, mereciendo los miembros del consejo escolar allí presentes, muchas felicitaciones por el éxito de aquella trascendental ceremonia.

Hé aquí el discurso:

Discurso del doctor Martiniano Leguizamón

Pauca verba ante magna facta.

Señoras, señores:

Saludo ante todo á los altos representantes del Consejo Nacional de Educación, que han querido honrar nuestra fiesta. Y á las dignas damas, que dan con su presencia en esta tribuna una nota de armonía, de gracia y de belleza alentando con sus sonrisas á la caravana juvenil que anhelosa aguarda. Para ella también mi efusiva reverencia.

El espectáculo que presenciamos es sencillo y grande á la vez. Sencillo por el jubiloso grupo escolar de cuatro mil niños que van á realizar esta cívica ceremonia; grande, porque sentimos palpitar sus corazones al conjuro de esas voces sagradas para los hijos de cualquier colectividad civilizada: la patria, el himno y la bandera.

Todo habla de patria en este instante como predisponiendo al espíritu para saturarse con los recuerdos que avivan la emoción de la nacionalidad. Acabamos de escuchar el coro de sus voces infantiles, con las estrofas marciales que el himno que canta las glorias de la revolución y los anhelos patricios de los que fundaron el vínculo de la nueva nación que surgía con la sien coronada de laureles, y para imprimir

al cuadro su apropiado colorido, flamean al viento que pasa los limpios colores de nuestra enseña, que parece flotando en las alturas—como dice la imagen del poeta.

Blanca nube que cuelga del espacio
Con un girón del firmamento atada!....

El tema y el ambiente son propicios á la alta evocación, y ojalá mi palabra lograra traducir sencillamente como lo exige el auditorio, el fin trascendental de esta ceremonia.

La jura de la bandera—que por primera vez practican los niños de las escuelas públicas—no es una simple fiesta conmemorativa del aniversario de nuestra emancipación. Tiene una finalidad más culminante, se orienta en propósitos patrióticos que miran al porvenir. Se quiere imprimir á manera de sello hondo y duradero, en el alma del niño que mañana será ciudadano, en el corazón de la madre futura, el sentimiento y el culto de la tradición argentina, sin preocupaciones de raza, de sangre ni de religión sin recelos hostiles hacia los brazos extranjeros que nos ayudan á labrar la tierra, para acrecentar las riquezas del país.

No es entonces un alarde de vano patriotismo el que motiva la fiesta sino la realización de una previsora práctica de civismo, al exigir que la escuela del Estado donde se plasma el espíritu de nuestros hijos, lo modele dentro del austero y noble cuño de los que formaron á costa de sangre y de sacrificios los indisolubles vínculos de la nacionalidad de los que tallaron en el áspero granito de las altiveces nativas, los perfiles característicos del alma argentina.

Y es sin duda, oportuna é imperiosa esa exigencia de la hora presente, señores, en presencia del aluvión de los entreveros étnicos ante la abigarrada mezcla de sentimientos, de creencias, de hábitos y hasta de lenguas, en que se está fundiendo el nuevo tipo del pueblo homogéneo, que el vaivén de las corrientes inmigratorias hacen cada día más indeterminado y vago.

El fenómeno es mayormente sensible aquí que en ninguna otra porción del territorio, por ser mayor la afluencia de elementos extraños que á diario se incorporan al núcleo na-

tivo, pero sin perder los rasgos típicos de su fisonomía originaria. Y si asombra en verdad la expansión de nuestras riquezas materiales el desarrollo de la cultura y del progreso de esta metrópoli que ha superado con exceso aquel clarovidente vaticinio—¡la gran capital del sur!—pero debemos confesar que esa misma ráfaga del progreso va también borrando rápidamente los perfiles del espíritu argentino que agoniza bajo un exotismo multicolor y brillante.

Y cuando se piensa que no siempre el tipo y los anhelos nuevos valen el tipo y los anhelos desdeñados por arcáicos, se justifican estas inquietudes civiles—que muchos sienten sin atreverse á formular—de los que procuramos salvar del cosmopolitismo invasor el aroma añejo de nuestras tradiciones...

No desnaturalizan esos anhelos la amplia garantía del preámbulo de la Constitución, cuando franquea las fronteras del territorio á todos los hombres del mundo que quieran habitarlo. La enseñanza del patriotismo en las escuelas no es dada para inducir al niño á mirar en menos á los demás países, ni para inflarnos de amor propio, como se ha dicho en estos días, adulterando los altos móviles de esta ceremonia.

Pero es indiscutible el derecho y la conveniencia de que la escuela pública perpetúe la orientación nacionalista, al incorporar los nuevos elementos de cultura y civilización que nos llegan de todas partes, con espíritu amplio, libre de prejuicios recelosos contra los que nacieron bajo extrañas banderas, desde que millares de hijos de extranjeros fraternizan con nuestros hijos en el aula, el taller y el hogar, y extranjeros son los modelos y métodos de que nos valemos en la enseñanza. Extranjeros son también los artistas á quienes acabamos de confiar la ejecución de los dos grandes monumentos del Centenario: á Brizzolara, italiano, el de la Independencia; y á Ferrari, oriental, el del Ejército de los Andes...

Pero atravesamos el período de formación del tipo ciudadano del futuro, obedeciendo al imperio de las leyes sociológicas en que la sangre de miles de seres venidos de regiones lejanas y distintas van á mezclarse, y eso mismo

obliga á los directores de la enseñanza á vigilar con cautela el desarrollo de ese proceso de asimilación, del cual dependerá la grandeza nacional.

No basta pensar en que seremos grandes por el acrecentamiento de los habitantes de mañana; sino en que hemos de ser grandes y fuertes por la solidaridad del sentimiento y del vínculo que nos una; si el espíritu territorial, desde Misiones al Estrecho y del Plata á las cumbres de la Cordillera, no es idéntico; si los ideales del patriciado nativo no son los que orientan los derroteros de esta cara tierra argentina, en su avance al porvenir!...

Niños del distrito escolar 10^o y de las escuelas evangélicas: La bandera que vais á jurar, es el símbolo de la eternidad de esta patria grande y fraternal. Bajo sus colores inmaculados se compendia toda nuestra historia. Nació entre fragores de combate para mostrar el empuje y los anhelos de un pueblo que odiaba el tutelaje opresor, con el juramento categórico de ser libre, y en los años vividos el humo de muchas victorias y los frutos de la independencia y la paz asegurada á su sombra, han confirmado aquel juramento viril.

Al celeste y blanco de que está formada, sirvió de distintivo á los nativos en 1806 y 1807, cuando las invasiones inglesas al Río de la Plata. Fué divisa en el sombrero de los patriotas en la revolución del 25 de mayo de 1810. Con sus colores se tejió la escarapela que lleváis sobre el pecho; con ellos formó Belgrano la primera bandera argentina que juró el ejército libertador al marchar al Alto Perú, consagrándole desde aquel instante memorable como pendón de independencia y de batalla.

Conocéis la trayectoria que recorrió en su empresa redentora, desde las riberas del Plata hasta las montañas del Ecuador, jalonando su marcha con laureles de triunfo. Es la misma enseña que nuestros audaces corsarios pasearon por casi todos los mares del mundo; la que Bucharcho y Brown ataban al mástil más alto de sus naves para realizar hazañas que parecen arrancadas á un cantar de gesta. La que Alvear agitó sobre las pedregosas cuchillas de Ituzaingó, la que Mi-

tre hizo tremolar hecha girones pero vencedora, tras el sangriento y largo batallar con las huestes del osado enemigo, que un día posó la planta sobre tierra argentina...

Mensajera de libertad en su arranque inicial; símbolo de paz, de trabajo, de cultura y garantía de justicia en el presente. Tal es nuestra bandera.

Ya véis que tiene limpios timbres de honor y de gloria, para merecer el homenaje de reverencia y de amor que con este acto le tributais. Amadla siempre, porque es vuestra; amadla como se ama á la madre, más que á la propia madre, porque ella representa la patria, y la patria argentina es nuestra madre común.

Quiero referiros ahora dos breves episodios históricos que os enseñarán cómo la amaban y defendían los soldados de la patria vieja. Escuchadme y grabad en vuestros corazones el recuerdo.

Ya San Martín se había retirado de la dirección de la campaña libertadora del Perú, cuando un día dos traidores sublevaron los restos de su batallón, entregando las fortalezas del Callao á los realistas. Estaba de centinela en el torreón del castillo el negro Falucho; los sublevados le intiman que presente las armas al estandarte del rey que acaban de izar en el asta donde antes flameaban los colores argentinos, y aquel negro sublime—en un arranque heroico que ha inmortalizado el bronce—prefirió hacerse matar antes de cometer semejante ultraje á la bandera de los cariños natales.

Oid el final que culmina el magnífico episodio. Nuestra enseña fué arriada por manos traidoras en aquel triste día, y hubiera sido trofeo del enemigo si otro soldado oscuro no la salva, ocultándola en el fondo de una petaca, y al morir nos la lega á su compañera para que la entregara á nuestros jefes el día en que se rindiese la plaza.

Y aquella pobre mujer de soldado—una noble y leal parda cuyo nombre no recuerda la historia—cumplió el voto del moribundo, poniendo más tarde en manos argentinas los gloriosos girones de la bandera del ejército de los Andes, que hoy veneramos cual sagrada reliquia.

El otro episodio es menos conocido, porque la historia de la guerra en que se produjo, no ha sido aún escrita.

Fué durante la campaña contra el Paraguay. Para poner término al largo y sangriento batallar, en que los ejércitos enemigos parecían cobrar nuevos alientos después de cada desastre, se ordenó desembarcar tropas en el Chaco, á fin de cortarles la comunicación que mantenían con aquel territorio.

Alegres y confiados iban á la cabeza de la columna expedicionaria, los voluntarios de la legión argentina, por entre un espeso bosque ribereño, cuando bruscamente fueron atacados por fuerzas paraguayas. Nuestras tropas no pudieron formar cuadro para defenderse, porque habían sido envueltas en la impetuosa acometida. Ni siquiera podían hacer uso de sus pesados fusiles en la confusión del entrevero, y los abandonaron para pelear á cuchillo, cara á cara, uno contra seis, en duelo rabioso y desesperado, acribillándose los pechos á puñaladas y bayonetazos.

La banda de música de la legión se había refugiado con el estandarte bajo un monte, á la orilla del río, procurando salvarlo. Y fué en aquel lugar que se desarrolló una escena de imponencia soberbia, porque pone de relieve ese coraje admirable y temerario del criollo que bravea retozando frente al peligro.

Mientras sus compañeros iban cayendo allí cerca, agobiados por el número y la saña de sus intrépidos atacantes, serenamente, como si se tratara de una de esas sabrosas charlas que animan las veladas del fogón del soldado con savias de la tierra, el joven portaestandarte y el viejo sargento de la banda pusiéronse á hablar de la muerte.

—Lo que es á ésta no me la quitan ni con la vida! En cuanto vea asomar los morriones de los paraguayos, me envuelvo con ella y me tiro al río.

—Pero va á caer en aguas enemigas, porque el río es de ellos...

—No; viejol! Ya son nuestras, porque las dominan nuestros barcos;—y al hablar así señaló al «Guardia Nacional», del bravo Murature, que navegaba á la distancia, todo empavesado de celeste y blanco, como en un día de gala.

Un alarido atronador resonó entre los matorrales, cortando de golpe el diálogo. Eran los paraguayos que venían á arrebatarnos aquel trofeo.

Sereno y altivo, con ese gesto de las supremas resoluciones, el oficial cruzó sobre el pecho la enseña, sujetando sus puntas bajo el cinturón de la espada, trepó después á lo más alto de una barranca y se arrojó para morir á la impetuosa correntadal...

Así se ama la bandera, así debemos defenderla hasta con el sacrificio de la vida, para que se cumplan por siglos y siglos aquellas proféticas palabras de Sarmiento, que son síntesis de independencia, de libertad y de gloria en el pasado, y antorcha inextinguible que ilumina los derroteros del porvenir: «La bandera blanca y celeste—¡Dios sea loado!—no ha sido jamás atada al carro triunfal de ningún vencedor de la tierra. Que élla flamee por siempre sobre nuestras murallas y fortalezas, á lo alto de los mástiles de nuestras naves, á la cabeza de nuestras legiones; que el honor sea su aliento, la gloria su aureola, la justicia su empresa».

Niños, esa es vuestra bandera. En prueba de que os sentís capaces de amarla y de defenderla, de que no permitiréis que nunca sea humillada, decid conmigo: «¡Sí, lo juro!»

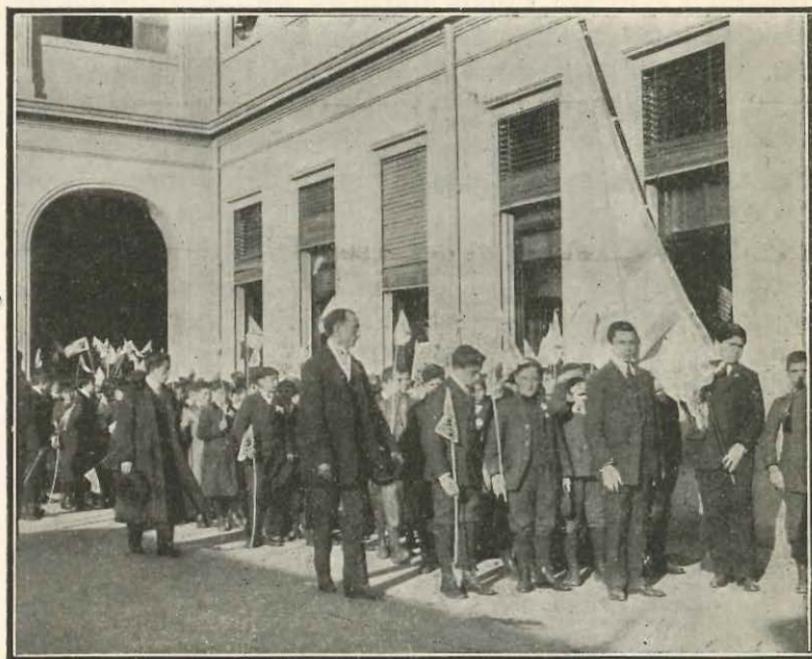
CONSEJO ESCOLAR II.º

La escuela General Belgrano fué en pocos instantes ocupada de nutrida concurrencia deseosa de presenciar el juramento que se iba á verificar en su local.

Tanta era la animación y el número de los asistentes que fué talvez esta fiesta, la más importante de las realizadas en la parroquia en honor de la fecha patria.

La concurrencia infantil era también respetable: había 2800 niños.

A las dos de la tarde se inició la ceremonia con el himno, entonado por el gran coro infantil. Dirigía la orquesta el Sr. Alfonso Rodas.



Escuela «General Belgrano». Desfile de los alumnos del consejo escolar 11.º, después del juramento de la Bandera

Don José M. Aubin, inspector técnico, se encargó de la oración patriótica que se debía dirigir á los niños y el presidente del Consejo, señor Natalio Bejarano pidió el juramento después de leer las fórmulas prescriptas.

Luego de consagrado el juramento, la concurrencia pasó á los salones del Consejo donde fué servida de un lunch. Igualmente los niños recibieron, al propio tiempo que las medallas y estampas alusivas, tres mil paquetes de bombones.

CONSEJO ESCOLAR 12º

Con asistencia del señor presidente del Consejo Nacional doctor Jose María Ramos Mejías, del vocal del mismo doctor Pastor Lacasa, del secretario gene-

ral señor Alberto Julián Martínez, de las autoridades escolares del distrito, de varios inspectores técnicos y numeroso público, tuvo lugar el 8 del corriente á las 9.30 de la mañana en la «Plaza General Pueyrredón» la ceremonia de la Jura de la Bandera realizada por los niños de las escuelas públicas del consejo escolar 12°.

Comenzó el acto con la presentación de la bandera custodiada por una guardia de honor formada por los representantes de cada una de las escuelas oficiales y los asilos de «Huérfanos Militares» y «Niños Desvalidos» que se adhirieron á él.

El Himno Nacional y el «Saludo á la Bandera» fueron cantados correctamente bajo la hábil dirección del auxiliar de la Inspección de Música, señor Clemente Greppi, acompañados por la banda de Policía, galantemente cedida por el coronel Falcón.

Acto continuo, el presidente del consejo escolar 12°, doctor Manuel A. Montes de Oca, pronunció la brillante alocución patriótica que íntegramente publicamos al pie, interrumpida frecuentemente por los aplausos de los niños y del público que lo escuchaba.

Un toque de atención señaló el momento culminante de la ceremonia. El doctor Montes de Oca dió lectura de la fórmula decretada por el Consejo Nacional de Educación, pidiendo el juramento á los niños y tres mil voces, llenas de entusiasmo, contestaron al unísono las palabras: sí, prometo.

Después de un instante de silencio, provocado por lo emocionante del acto, una salva de aplausos, coronó tan tocante ceremonia.

Al son de la marcha «Viva la Patria» cantada por todos los alumnos, las escuelas desfilaron, arrojando flores, ante el altar de la patria, artísticamente arreglado, para dirigirse al local de la «Escuela General Urquiza» donde una comisión de vecinos, constituida al efecto, los obsequió con caramelos y bombones.

En el local de cada uno de los establecimientos del

Consejo, se repartió á los alumnos láminas y medallas conmemorativas.

En resumen, la ceremonia verificada en el consejo escolar 12° ha sido brillante bajo todo punto de vista, constituye un digno coronamiento del esfuerzo realizado por directores y maestros en el sentido de cooperar á los loables propósitos perseguidos por el Consejo Nacional de Educación.

He aquí el discurso:

Discurso del doctor Manuel A. Montes de Oca

Señores:

De un extremo á otro de la República, el pueblo argentino festejará mañana el aniversario del grito viril que, lanzado dentro de la humilde sala del Congreso de 1816, repercutió con estrépito en el mundo, anunciando, entre dianas y aplausos, la aurora de una nueva Nación soberana; y preparándose por su parte, para celebrarlo dignamente, las falanges escolares interrumpen hoy sus tareas de todos los días y vienen, llenas de entusiasmo, á formular ante el altar de la patria, promesas solemnes de formar en sus corazones culto fervoroso á nuestra enseña veneranda, símbolo de paz en las lides nobles del trabajo, símbolo de victoria en las lides cruentas de la libertad.

La vida argentina, mezcla de alegría y de amarguras, de triunfos y de martirios, cadena eslabonada de esfuerzos incesantes, lo que hace más cara las conquistas obtenidas se ha desenvuelto bajo la cúpula celeste de nuestro puro firmamento, protegida por las barreras gigantes de la Cordillera que parecen empinarse para contemplar el desarrollo nacional, desde lo alto de sus penachos blancos, cubiertos de nieves y de glorias

El blanco y el celeste combinados han sido siempre el emblema de nuestra democracia. El día legendario de Mayo lo ostentaron en sus pechos nuestros padres, y si algunas nubes

encapotaron el horizonte y dejaron caer gotas de agua sobre los colores queridos, fué porque ante el espectáculo grandioso de un pueblo que nacía con el propósito de difundir la causa redentora al través de un continente, la naturaleza compartiendo sus ideales, quiso darle el augusto bautismo de los cielos.

Desde entonces la bandera bicolor flameó en las campañas libertadoras señalando, con jalones de victoria esparcidos en comarcas dilatadas, el paso triunfal de nuestras armas.

Fué la bandera enarbolada en las baterías del Rosario y saludada, en su paso, por las ondas rumorosas del Paraná que traen á nuestro suelo, desde las entrañas americanas, los ecos románticos de la región de los bosques seculares. Fué la bandera que el ejército de Belgrano juró defender después de haber abierto en Tucumán, «un sepulcro á la tiranía» y á la que levantó pedestal eterno sobre el campo de la Cruz, en la jornada inmortal de Salta. Fué la bandera que recorrió el Alto Perú destrozando servidumbres y redimiendo pueblos. Fué la bandera que alentó á las huestes que, escalando los Andes, interrumpieron las soledades de sus abismos, para trepar las alturas donde anida «El viejo morador de la montaña» y, en seguida, desplomarse desde allí, violentas, con ímpetu aterrador, sobre el atónito enemigo que se derrumba hecho pedazos en Chacabuco ante el empuje terrible de esa avalancha de vencedores. Fué la bandera cuyo sol iluminó los llanos de Maipo con destellos de gloria. Fué la bandera que conducida por el brazo robusto de San Martín se izó, protegiendo garantías y derechos, sobre el solio mismo de los antiguos Virreyes de Lima y que presidió, entre el fragor de los cañones y el estrépito de las caballerías, la sucesión de triunfos que llegaron hasta estremecer en sus cimientos las moles graníticas del Chimborazo.

Respetémosla con unción: ella evoca la epopeya larga y tenaz, de la independencia; es el lábaro immaculado bajo cuyos pliegues crecieron los lauros que orlan nuestro escudo.

Durante la época nefasta de las luchas fratricidas, cuando los caudillos adornaban sus lanzas con los trapos execrados de los desgarramientos regionales, la enseña blanca y celeste

se abrió sobre ellos, como símbolo del ideal común y á su sombra cayeron, en definitiva, las divisas localistas y se constituyó para bien de todos, la unidad de la República, tan fuerte, tan sólida, tan vigorosamente cimentada que no lograran jamás conmover tempestades ni borrascas.

Honar la bandera, es honrar la patria y sus instituciones; es contraer el compromiso de servirla con fe y con verdad, sobre todo con verdad, de manera que por encima de los vulgares intereses del individuo, se eleven los nobles intereses de la Nación.

Niños: La promesa que vais á hacer no es una mera fórmula; importa la adhesión sin límites á un programa de vida colectiva, que extiende á la tierra donde habéis tenido la suerte de abrir los ojos á la luz del sol y de la civilización, esos afectos íntimos que se incuban al calor suave de los hogares y que se propagan, intensos y pujantes, hacia la madre común que nos enorgullece con sus glorias tradicionales, que nos derrama con manos pródigas los dones de sus progresos presentes y nos colma de esperanzas ante el porvenir radioso que le depara el destino.

Cumplid la palabra que hoy empeñaréis. Ella os señala la senda austera del deber, á veces llena de espinas, pero siempre segura, siempre fácil para una conciencia honrada. Os servirán de ejemplo nuestros próceres, potentes luminares que alumbran el camino con los fulgores de sus servicios y de sus virtudes.

Trabajaréis así por la patria que avanza, con creciente impaciencia, hacia el sitio de honor que le corresponde entre los Estados del orbe. El respeto á su historia, el homenaje á sus instituciones, el cariño á su credo político, funde en un solo crisol los diversos elementos que constituyen nuestro pueblo, vigoriza el alma nacional y retempla el espíritu cívico que ha sido en todos los tiempos y bajo todas las latitudes la base firme de la grandeza de las naciones.

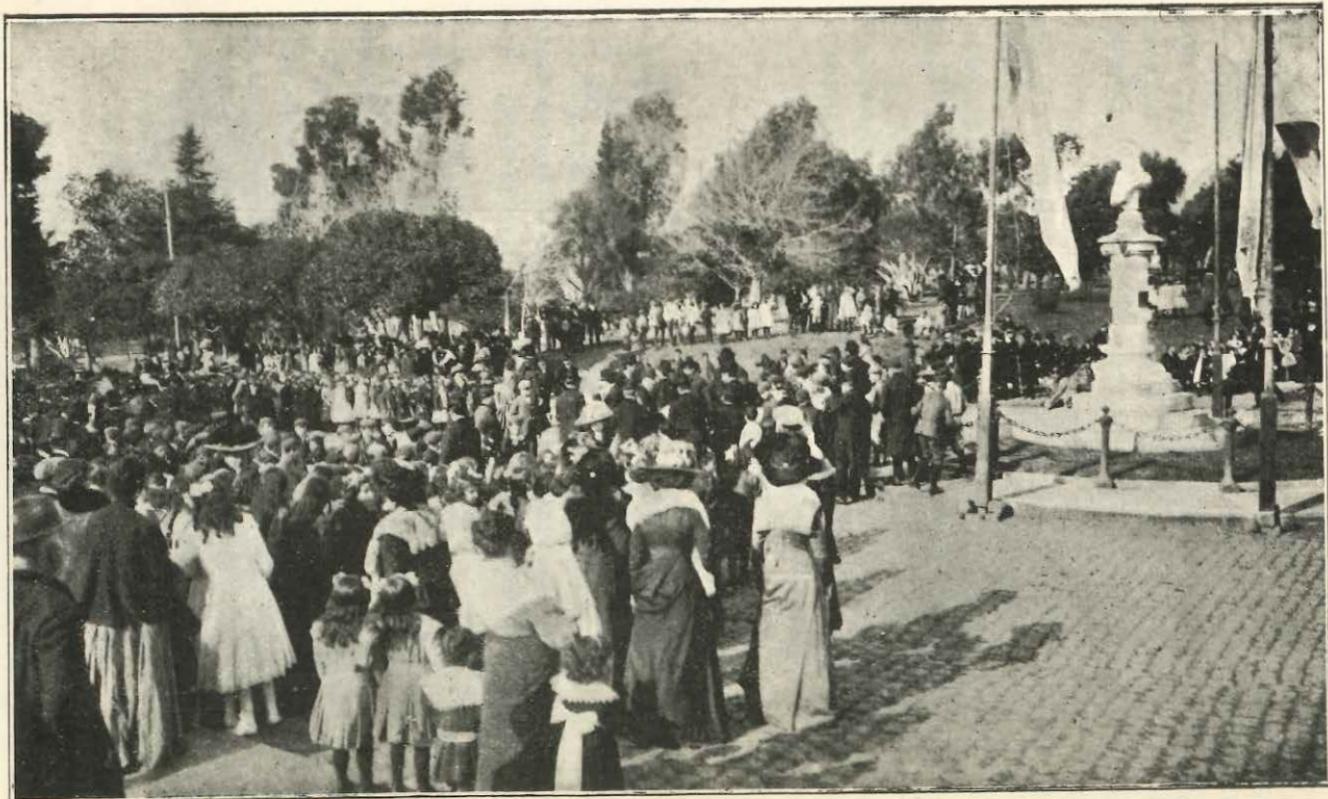
Nuestro progreso material abisma á propios y extraños. Desde que el potro indómito ha dejado de ser el soberano de las pampas; desde que empieza á perderse, envuelta entre celajes de leyendas, la efigie del gaucho que cantaba sus tris-

tezas bajo el alero del rancho solitario, perdido en los desiertos; desde que el arado ha asentado su dominio sobre nuestras inmensas praderas, empieza á deslumbrarse en el porvenir el día en que cien millones de argentinos, esparcidos desde las heladas altiplanicies de la Puna hasta los confines australes donde, rugientes, chocan los dos océanos, se entreguen, rodeados de abundancia, á explotar las riquezas de nuestro suelo feraz. Pero, para que la obra sea estable y duradera, hay que impulsar, en armonía con ese progreso material, el progreso moral, que nace de las fuerzas del civismo, del amor á la democracia, de la práctica de las virtudes públicas; el progreso moral, que reclama patriotismo, fe, ideales, no sólo en las nuevas generaciones que se levantan, sino también en sus hijos y en los hijos de sus hijos, á quienes sabréis transmitirlos con el mismo celo que nos los transmitieron nuestros padres; y así la República grande, rica, próspera, sostenida por el cariño de sus ciudadanos y con su bandera azul y blanca desplegada al soplo de todos los derechos y de todas las libertades, marchará, noble, generosa, feliz, entre las naciones que forman á la vanguardia de la civilización del mundo.

CONSEJO ESCOLAR 13°

En la bella terraza de la plaza de Belgrano, á la sombra del árbol magno de su centro, tuvo lugar la jura. No se podía haber elegido un marco más simpático: las faldas de las barrancas, de un verde primaveral aclarado por el sol como un macizo de esmeraldas, y la magnificencia de los árboles, los viejos compañeros de las fiestas, contribuyeron en esta ocasión al lucimiento excepcional del acto.

Allí se congregaron dos mil niños. Dos mil personitas sonrientes y bulliciosas, con sus trajes claros, con sus escarapelas sobre los pechos emocionados, impregnados los ojos y los espíritus de la hermosura del sitio y del día.



Las escuelas del consejo escolar 13.º, reunidas al pie del monumento del general Belgrano

La presencia de la bandera detuvo el palpitar de los corazones que comulgaban en ese instante todo el ideal simbolizado en los colores amados; y cuando el inspector señor Salas, hubo pronunciado los términos del compromiso de los niños y la patria, se alzó un alto ¡sí, juro!, que fué como un sello de oro puesto sobre la fórmula del juramento.

Después de éste, los niños se dirigieron en corporación hasta el monumento de Belgrano, que en un instante se vió circundado de flores. Mientras éstas caían junto al pedestal del prócer, la banda ejecutaba la marcha ¡Viva la patria!

Con la distribución de medallas conmemorativas y dulces se dió por terminada la solemne manifestación.

CONSEJO ESCOLAR 14º

Desde temprano notábase en los alrededores de la escuela superior número 1, local indicado para la celebración de la Jura, un movimiento inusitado de niños, dado que la ceremonia en que iban á tomar parte, les hacía compartir de antemano el entusiasmo con que se realizó.

Minutos antes de la Jura, fueron lanzados una cantidad de globos con los colores patrios.

A la 1.30 p. m. se dió comienzo á la fiesta, iniciada con el programa inicial, á cargo del maestro señor Biccocchi. Se oyeron el Himno Nacional, el «Canto á la Bandera», y la marcha «Viva la Patria».

La frase del juramento, pronunciada delante de la insignia patria que apareció rodeada por delegaciones de todas las escuelas del distrito, fué saludada con una prolongada salva de aplausos por la numerosa concurrencia.

En seguida la marcha «Viva la Patria», preludeó el desfile de los alumnos.

En esta ocasión el señor Alejandro Mohr pronunció la alocución siguiente:

Discurso del señor Alejandro Mohr

Niños:

El Consejo Nacional de Educación ha resuelto celebrar el aniversario de la fecha en que se juró la independencia de la patria, con el juramento de fidelidad á la bandera nacional,—su símbolo immaculado,—que vais á prestar vosotros en este acto de solemne y austera sencillez, para poder evocar á justo título, la austeridad sencilla de los próceres que reunidos en el Congreso de Tucumán, proclamaron ante la faz del mundo la existencia de una nueva nación, independiente y libre.

Nunca como ahora y en ninguna parte como en las escuelas,—donde la niñez empieza á percibir la noción elemental del medio en que se forma,—para inculcar en el espíritu de las generaciones nuevas el sentimiento de consagración á la patria, en cuyo seno pródigo alientan los hogares argentinos, como la infancia misma en el regazo de la madre cariñosa y tierna.

Nunca como ahora, lo repito, porque el hogar argentino hace su curso, en la evolución étnica de los elementos heterogéneos que se le agregan y en el proceso que se sigue para formar el tipo nacional definitivo, hay que mantener como base indiscutible, las ideas madres que impulsaron la acción de los grandes creadores de la nacionalidad.

En ninguna parte como en las escuelas, también he de repetirlo, porque en sus aulas, que son taller y templo, la niñez debe recibir las luces de la ciencia—sus armas de labor—y el bautismo sagrado de nuestra herencia común de gloria, inundando su corazón en la fuente pura de los recuerdos inmortales, para iniciarse en la religión augusta de la verdad, del honor y del deber!

Y aquí empieza su culto: con vuestro homenaje á la bandera, á esta noble enseña de nuestra patria, grande y generosa, cuyo pasado nos ofrece una tradición de gloria impeccedera, porque sus precursores, sus mártires y sus héroes mecieron, en esta tierra argentina, la cuna de la libertad americana; cuyo presente afirma la existencia de una nacionalidad civilizada y rica y cuyo porvenir descubre magníficos

horizontes y espera con sus páginas en blanco, la acción y el esfuerzo de las generaciones en marcha hacia la conquista de los grandes ideales de un pueblo libre!

Se firmó un pergamino, ornado de figuras alegóricas, como constancia del acto realizado.

El consejo escolar ofreció al personal docente un lunch, durante el cual el señor Boeri dijo algunas frases de estímulo para el educador argentino.

Concurrieron al acto los señores Pozo, Guerrero, Toranzo Calderón, Berea, etc.

Sobre la jura de la bandera

La carta que sigue, ha sido dirigida al señor Presidente del Consejo Nacional de Educación por el señor Williams C. Morris, director de las Escuelas Evangélicas Argentinas. Podemos afirmar que concreta la impresión producida en todas las personas que tuvieron conocimiento de los actos patrióticos decretados por el Honorable Consejo. Por otra parte, el señor Morris, cuya meritoria obra es bien conocida, al asociar las escuelas que dirige á la Jura de la Bandera, ha secundado y realzado la iniciativa del Consejo Nacional en una forma digna de aplauso. La carta dice así:

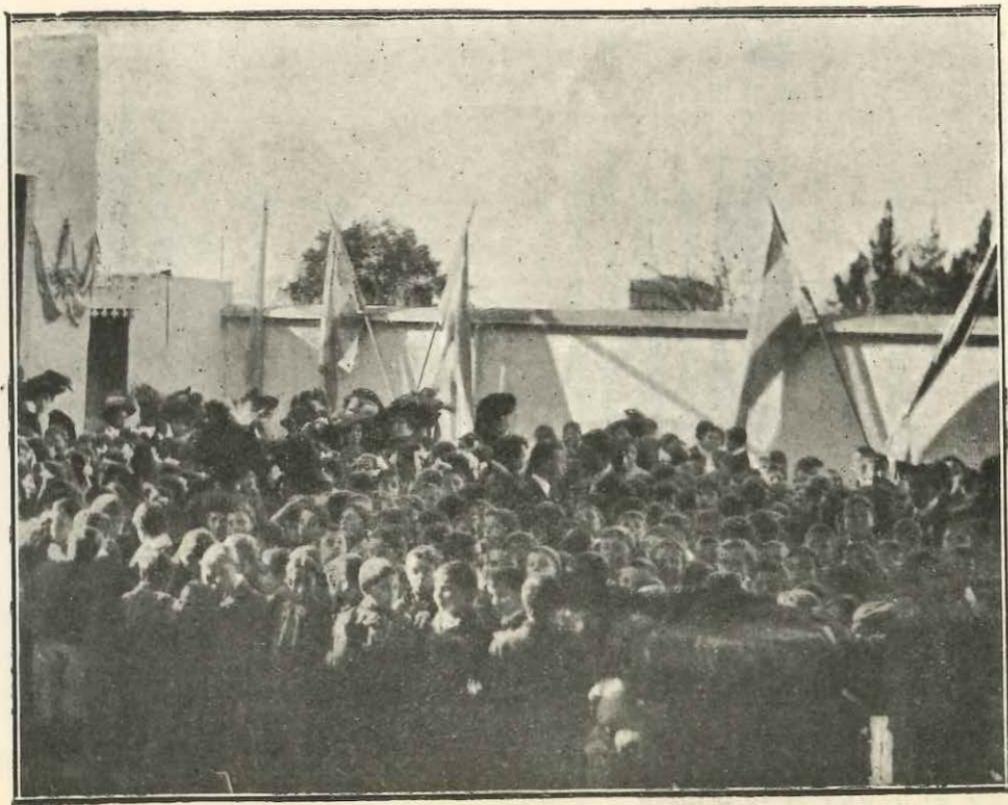
Buenos Aires, Julio 10 de 1909.

*Señor Presidente del Consejo Nacional de Educación, doctor
José M. Ramos Mejía.*

Capital.

Distinguido y muy estimado señor:

Aunque sea de las últimas, la más débil, y de menos valor, permita usted, le ruego, que le ofrezca mi sincera felicitación y expresión de íntimo agradecimiento por el hermoso surgimiento del espíritu patriótico que usted ha evo-



Escuelas del consejo escolar 14.º, reunidas en la superior de varones, calle Flores 3861

cado con la institución de la «Jura á la Bandera» por multitudes innumerables de niños de la Nación. Este movimiento, bien orientado y bien cuidado perdurará para siempre y será de incalculables beneficios para grandes y pequeños.

Debe haber tenido usted satisfacciones muy grandes y nobles durante ese día, quiera Dios que las tenga cada vez mayores, al ver en el andar de muchos años, cuán acumulativa es la potencia de este espléndido movimiento que usted ha iniciado aquí.

Procediendo con el tacto, la delicadeza y el intenso fervor del verdadero amor patriótico, se obtendrá que el alma del niño sea el santuario de la bandera y de la patria. Así sea: entonces venga lo que venga, la Patria será siempre invencible.

Agradeciéndole toda su bondad, por el privilegio de asistir á esa hermosa fiesta con 10.000 alumnos de las escuelas evangélicas argentinas, soy de usted muy seguro servidor.—

Firmado: *William C. Morris.*

Discursos y oración á la bandera

El eminente don Domingo Faustino Sarmiento, puso de manifiesto la importancia que tuvo la creación de la bandera por Belgrano, en aquel discurso lleno de elocuencia, que siempre será evocado como una enseñanza de civismo y que en homenaje al malogrado estadista transcribimos más abajo.

Coincidiendo la ceremonia de la jura de la bandera por los niños de las escuelas con la realizada en el ejército, publicamos, asimismo, la oración pronunciada por el doctor Belisario Roldán (hijo), que sintetiza el sentimiento nacional, y que fué escuchada por el excelentísimo señor Presidente de la República y todos los concurrentes con intensa emoción patriótica.

He aquí los discursos:

Discurso á la bandera por don Domingo Faustino Sarmiento (1)

Inauguración de la estatua de Belgrano. (24 de Septiembre de 1873) (2)

Conciudadanos:

Llenamos uno de los más nobles deberes de la vida social, rindiendo homenaje á la memoria de los altos hechos que in-

(1) Este discurso fué pronunciado por el Presidente de la República al descubrir la estatua ecuestre del General Belgrano, que decora la plaza de Mayo, y lleva en actitud de recorrer las filas de los ejércitos patrios, la bandera argentina que el mismo, ideó, matizada con los colores de la Orden Real de Carlos III.

mortalizan el nombre de nuestros antepasados. Un montículo de tierra sobre los restos mortales de un héroe, fué el primer monumento humano. Las Pirámides eternas del Egipto conservan aún el plan de esta arquitectura primitiva, y es hoy idea aceptada que, alrededor de una tumba, se despertó en el hombre, aún salvaje, el sentimiento religioso que nos liga al Sér Supremo, y empezaron á bosquejarse la familia, el orden social y las leyes.

Cuando el sentimiento artístico, innato como el religioso en nuestra alma, se hubo expresado en las formas plásticas de la belleza, la estatua suplantó al mausoleo; y nosotros mismos, los últimos venidos á participar de las bendiciones de la civilización, repetimos lo que Grecia y Roma hacían para perpetuar la memoria de sus héroes, de sus padres y de sus grandes ciudadanos. Ante la imagen de uno de nuestros hombres públicos, repetimos este acto instintivo de nuestra especie, volviendo á lo pasado, trayendo hacia nuestra época, y legando á la posteridad en recuerdo en hombres y hechos de nuestro origen, como pueblo que tiene hoy su puesto conquistado y aceptado entre las naciones del mundo.

Es esta una de las más aprobadas composiciones del orador y suministró una prueba evidente de lo que hoy se llaman movimientos *reflejos*, ya sea de los miembros ya del cerebro, pues el autor tenía conciencia de la belleza del asunto, meses antes de escribir el discurso. Decíale al doctor Vélez, de broma, pero con todos los aires de la seriedad:—¿Ha leído, doctor, la oración de Demóstenes sobre la Corona?—No, ¿cuál oración?—Pues oírá Vd. mi oración sobre la Bandera, y nada habrá perdido.—¡Qué oración!

En la carta de Africa en los viajes por Europa, léese lo siguiente que explicará la causa de este *avant-gout*, de una creación del espíritu.

La teoría que atribuye al cerebro funciones y actos espontáneos se ha generalizado posteriormente en Europa.

«El pensamiento, además, tiene sus actos espontáneos y todas las sensaciones transmitidas al cerebro por los nervios, saliendo sin la participación de nuestra voluntad, del caos confuso en que están hacinadas, propenden en los momentos de reposo, á agruparse según su afinidad clasificándose de suyo, en el orden que les corresponde, hasta presentarse en serie de ideas íntimas y lógicamente ordenadas: verdadera ruminación del espíritu semejante á la que ejecutan los camellos en los momentos de descanso, con el tosco alimento que han acumulado antes en sus anchos estómagos. No de otro modo las inteligencias muy ejercitadas, cuando una idea fundamental las ha absorbido largo tiempo, derraman sobre el papel, y sin esfuerzo alguno, un libro entero de una pieza, como la hebra dorada que hila el gusano de seda.»

Esta es de 1846. La doctrina de las ideas ó de los movimientos reflejos, es decir, espontáneos y sin volición, son de época más reciente y ahora mirados como incuestionables.—(Nota del autor en 1883).

(2) Del tomo XXI de las *Obras* de D. F. Sarmiento, editadas por el señor Belín Sarmiento.

Aunque nuestra alma sea inmortal, la vida, en los estrechos límites que la naturaleza ha asignado al hombre, es pasajera. Pero la especie se perpetúa hace cien siglos, dejando tras sí, entre el humo de las generaciones que se disipan en el espacio, una corriente de chispas que brillan un momento, y pueden, según su intensidad y duración, convertirse en luminares, en llama viva, en rayos perpétuos de luz, que pasan de una á otra generación, y se irradian de un pueblo á otro pueblo, de un siglo á otro siglo, hasta asociarse á todos los progresos futuros de la sociedad y ser parte del alma humana.

¿Quién se profesa republicano, y no siente en su espíritu rebullirse el alma de Wáshington, la última y más acabada personificación de las virtudes públicas; la mayor de todas, hacer triunfar el derecho sin apropiarse los despojos de la victoria, trazando el camino por donde habrán de avanzar los demás pueblos hacia la conquista de la libertad?

Hay, pues, una inmortalidad humana que se adquiere por el genio, la abnegación ó el sacrificio; pudiendo extenderse según la perfección é influencia de aquellas virtudes, á un pueblo, á toda la tierra, á un siglo, á todos los que le sucedan mientras exista la raza humana. Belgrano, cuya efigie contemplamos, participa para nosotros, y en la medida concedida á cada uno, de esas cualidades que hacen al hombre vivir más allá de su época. Hace cincuenta años que desapareció de la escena, y no ha muerto, sin embargo. Apenas se conserva el recuerdo de la casa en que nació aquí, y todas las ciudades y pueblos argentinos lo reclaman como suyo. Su apellido puede extinguirse según la sucesión de las generaciones; pero dos millones de habitantes desde ahora lo aclaman Padre de la Patria.

No es la biografía del general Belgrano la que habría de trazar, para dar más vida al bronce, que la que le ha comunicado el artista. Belgrano era muy hombre de la época crepuscular en que apareció. General sin las dotes del genio militar, hombre de Estado sin fisonomía acentuada. Sus virtudes fueron la resignación y la esperanza, la honradez del propósito y el trabajo desinteresado.

Su nombre, empero, sin descollar demasiado, se liga á las más grandes fases de nuestra Independencia, y por más de un camino, si queremos volver hacia el pasado, la candorosa figura de Belgrano ha de salirnos al paso.

Cuando el Gobierno agradecido, quiso premiarlo por la memorable victoria ganada en Tucumán en este día, disminuyendo su pobreza, fundó con el premio cuatro Escuelas Primarias, las primeras que cuatro ciudades que son hoy capitales de provincia, veían abrirse para la educación de sus hijos. Acaso algún Senador hoy, asistió á alguna de ellas en su niñez.

Estos desvelos por levantar al pueblo de su postración intelectual, sin lo cual no hay libertad duradera; su empeño en restablecer la moral relajada en escuelas y ejércitos; su profundo sentimiento religioso que difundía sobre el soldado, para santificar la causa de la Independencia, poniéndola bajo la protección de la Virgen de las Mercedes que conserva aun el bastón del mando, depositado por él al pie de su imagen en Tucumán; su eclipse de la escena, cuando en los tiempos de discordia y de guerra civil, como dice Tácito, «el poder pertenece á los más perversos»; su muerte obscura; su carrera tan gloriosa, tan olvidada, todo esto lo caracteriza como á Rivadavia, como al general Paz y á otros; y es esa la base firme en que se asienta la estatua que hoy levantamos en su honor.

Los primeros movimientos del patriotismo americano se sienten en el alma de Belgrano. Funda la primera Escuela de Educación Científica que existió en Buenos Aires, pues Gharcas y Córdoba eran hasta entonces el centro de la civilización colonial.

Como el malogrado Montgomery, que llevó en vano al frígido Canadá la noticia de que sus hermanos estaban en armas para conquistar la libertad, Belgrano llevó al tórrido Paraguay la enseña de la nueva Patria. La historia castiga á los retardatarios de la primera hora. El Canadá es todavía dominio de la corona, como el Paraguay, menos feliz por haberse tapado los oídos al llamado de sus hermanos entonces, cayó en las redes sombrías del tirano Francia,

en las garras del tigre López, y todavía no ha visto el último día de sus tribulaciones.

También como Frankin, Belgrano fué á buscar acomodo con la dinastía real para poner término al conflicto, y como Franklin volvió desesperando de la prudencia y de la previsión humana á activar el Acta de nuestra Independencia.

En nombre del pueblo argentino, abandono á la contemplación de los presentes, la Estatua Ecuestre del General Belgrano, y lego á las generaciones futuras en el duro bronce de que está formada, el recuerdo de su imagen y de sus virtudes.

Que la bandera que sostiene su brazo flamée por siempre sobre nuestras murallas y fortalezas, en lo alto de los mástiles de nuestras naves, y á la cabeza de nuestras legiones; que el honor sea su aliento, la gloria su aureola, la justicia su empresa!

Todos los Capitanes pueden ser representados como en esta estatua, tremolando la enseña que arrastra las huestes á la victoria.

En el caso presente, el artista ha conmemorado un hecho casi único en la historia, y es la invención de la bandera con que una nueva Nación surgió de la nada colonial, conduciéndola el mismo inventor, como Porta-Estandarte.

Nuestro signo, como Nación reconocida por todos los pueblos de la tierra, ahora y por siempre, es esa Bandera, ya sea que nuestras huestes trepen Los Andes con San Martín, ya sea que surquen ambos océanos con Brown, ya sea en fin, que en los tiempos tranquilos, que ella presagió, se cobije a su sombra la inmigración de nuevos arribantes, trayendo las Bellas Artes, la Industria y el Comercio.

Tal día como hoy, el General Belgrano, en los campos de Tucumán, con la Bandera en la mano, opuso un muro de pechos generosos á las tropas españolas, que desde entonces retrocedieron y no volvieron á pisar el suelo de nuestra Patria, siendo nuestra gloriosa tarea, de allí en adelante, buscarlas do quiera conservasen un palmo de tierra en la América del Sud, hasta que por el glorioso camino, de que Chacabuco y Maipú fueron sólo escalones, nos dimos la mano en Junín y Ayacucho con el resto de la América, independiente ya de todo poder extraño.

Y sea dicho en honor y gloria de esta Bandera. Muchas Repúblicas la conocen como salvadora, como auxiliar, como guía en la difícil tarea de emanciparse. Algunas se fecundaron á su sombra; otras brotaron de los girones en que la lid la desgarró. Ningún territorio fué, sin embargo, añadido á su dominio; ningún pueblo quedó absorbido en sus anchos pliegues; ninguna retribución exigida por los grandes sacrificios que nos impuso.

En la vasta extensión de un continente entero, no siempre son claros y legibles los términos que Dios y la naturaleza imponen á la actividad de las grandes familias humanas que pueblan la tierra.

¿Cuál es la extensión de la que cubre hoy y protege nuestra bandera?

La República Argentina ha sido trazada por la regla y el compás del Creador del Universo. Este anchuroso río que nos da nombre, es el alma y el cerebro de todas las regiones que sus aguas bañan. Puerta de esta América que abre hacia el ancho mar que toca el umbral de todas las Naciones, por ahí subirán aguas arriba con la alta marea del desarrollo, las oleadas de hombres, de ideas, de civilización que acabarán por transformar el desierto en Nación, en Pueblo. Aquí, en estas playas, han de cambiarse los productos de tan vasta hoyo, de tantos climas, por los que hayan en todo el globo preparado siglos de cultura y la lenta acumulación de la riqueza. Aquí ha de hacerse la trasmutación de las ideas: aquí se amalgamarán las de todos los pueblos; aquí se hará su adaptación definitiva, para aplicarse á las nuevas condiciones de la existencia de pueblos nuevos sobre tierra nueva.

No hablo del porvenir. Es ya, este sueño de nuestros padres, un hecho presente.

He ahí, en esos millares de naves, nuestros misioneros hasta el seno de la América. Ved ahí en la masa de este pueblo, el ejecutor de la grande obra, acudiendo de todas partes á alistarse en nuestras filas, y por el trabajo, la industria, el capital, las virtudes cívicas, hacerse miembro de la congregación humana que lleva por enseña en la procesión de los siglos el engrandecimiento pacífico, la Bandera biceleste y blanca.

Esta bandera cumplió ya la promesa que el signo ideográfico de nuestras armas expresa. Las naciones hijas de la guerra, levantaron por insignias, para anunciarse á los otros pueblos, lobos y aguilas carniceras, leones, grifos y leopardos. Pero en las de nuestro escudo, ni hipógrifos fabulosos, ni unicornios, ni aves de dos cabezas, ni leones alados pretenden amedrantar al extranjero. El Sol de la civilización que alboreaba para fecundar la vida nueva; la libertad con el gorro frigio sostenido por manos fraternales, como objeto y fin de nuestra vida, una oliva para los hombres de buena voluntad, un laurel para las nobles virtudes: he ahí cuanto ofrecieron nuestros padres, y lo que hemos venido cumpliendo nosotros, como República, y harán extensivo á todas estas regiones, como Nación, nuestros hijos.

Hasta la exclusión del sangriento rojo, del blason de todos los pueblos; hasta el color celeste que no tiene escritura propia en la heráldica, se avienen con la idea dominante en este emblema.

Las fajas celestes y blancas son el símbolo de la soberanía de los reyes españoles sobre los dominios, no de España, sino de la corona, que se extendían á Flandes, á Nápoles, á las Indias; y de esa banda real hicieron nuestros padres divisas y escarapelas, el 25 de Mayo para mostrar que del pecho de un rey cautivo tomábamos nuestra propia soberanía como pueblo, que no dependió del Consejo de Castilla, ni de ahí en adelante, dependería del disuelto Consejo de Indias.

El General Belgrano fué el primero en hacer flotar á los vientos la Banda Real, para coronarnos con nuestras propias manos soberanos de esta tierra, é inscribirnos en el gran libro de las naciones que llenan un destino en la historia de nuestra raza. Por este acto elevamos una estatua en el centro de la plaza de la Revolución de Mayo, al General Porta-Estandarte de la República Argentina.

Y si la barbarie indígena, ó las pasiones perversas intentaron alguna vez desviarnos de aquel blanco que los colores y el escudo de nuestra Bandera señalaban á todas las generaciones que vinieran en pos, reconociéndose argentinas á su

sombra, los bárbaros, los tiranos y los traidores inventaron pabellones nuevos, obscureciendo lo celeste para que las sombras infernales reinasen, y enrojeciendo sus cuarteles para que la violencia y la sangre fuesen la ley de la tierra.

En Caseros esta 1) era la Bandera que enarbolaba el Tirano contra el proscrito pabellón que volvía para aplastar la sierpe, con sus hijos dispersos por toda la América. En Caseros, por la unión de los partidos, reaparecieron estas dos manos entrelazadas, como siempre lo estarán en defensa de la Patria. Al día siguiente de Caseros, vuestras madres y hermanas, ¡oh pueblo de Buenos Aires! tiñeron de celeste telas para victorear á los libertadores; porque, sea dicho para recuerdo del odio de los tiranos á nuestra Bandera, en 1852 no había en una ciudad civilizada, emporio de un gran comercio, una vara de tela celeste para improvisar un pabellón; y una generación entera existía, que no conoció los colores de la Bandera de su Patria.

El pendón negro con sus gorros sangrientos, que en los Inválidos de París, recuerda como trofeo, la ruptura de la cadena con que Rozas intentó amarrar la libre navegación de los ríos, no es por fortuna nuestra Bandera.

La Bandera blanca y celeste—¡Dios sea loado!—no ha sido atada jamás al carro triunfal de ningún vencedor de la tierra!

La petipieza de la horrible tragedia que concluyó en Caseros, se está representando ahora en la otra márgen del paterno río; y no sería extraño que desde aquí oyéramos los cañonazos con que, acaso en estos momentos, nuestro pabellón somete los últimos restos de la barbarie y de los caudillos. He aquí (2) el pendón de la rebelión, que sólo pide

(1) El orador enseñó, al pronunciar estas palabras, un pabellón de bandas negras y blancas, con gorros fríos rojos en las cuatro esquinas y las siguientes inscripciones: 1.º, en la banda negra superior; ¡viva la confederación argentina!; 2.º, en la banda blanca intermediaria; Batallón Cuartel General; 3.º, en la banda negra inferior, ¡Mueran los salvajes unitarios! El Centro está ocupado por el escudo de armas patria. Esta bandera fué tomada en Caseros y conservada por el General Sarmiento se halla en poder del editor de estas obras.

(2) La bandera de López Jordan que enseñó el orador, tenía bandas rojas continuando las bandas celestes de la bandera argentina. Se halla actualmente depositada en el valioso museo del General Garmendia.

al parecer empapar en sangre el de la República. Habíalo dejado olvidado el General Urquiza al tomar la Bandera Nacional por suya, á fin de hacer servir la victoria para fundar la Magna Carta de nuestras libertades. Un asesino lo recogió del suelo y para simbolizar la barbarie y el crimen, lo opone rebelado, á la Bandera Nacional. La traición á la Patria está detrás de ese sangriento trapo!

Al abandonarlo á la execración de los presentes y de los venideros, no temáis que hiera sentimientos, ni aún preocupaciones nobles del pueblo, ni de las masas entrerrianas, Allí, en aquella escogida fracción de nuestro territorio, el sentimiento nacional se agita más vivo, si cabe, que en parte alguna en él.

La vil trama del rebelde vencido, sorprendió á las poblaciones, merced á las tinieblas de la noche, y amanecieron bajo el imperio de la rebelión, que muchos aceptaron por las funestas divisiones de partido que á tantos extravían.

Cerremos los ojos sobre ese cuadro, y contemplemos el presente, que él vindica el nombre entrerriano del baldón que han querido arrojarle los traidores.

Batallones de infantería entrerriana guarneciendo las ciudades; los ejércitos nacionales considerablemente aumentados por regimientos numerosos de caballería de la misma provincia; el guardia nacional Miguel Ocampo, arrancando de mano de un traidor la enseña de la rebelión y empapándola en su propia sangre, realizando con ese hecho, acción igualmente heroica que la del legendario Falucho, muriendo al pie de esa misma bandera en las fortalezas del Callao, libradas por traición al enemigo; la Banda Oriental llena de emigrados, los bosques pululando de prófugos, las islas pobladas de escapados, ¿donde está el pueblo rebelde entrerriano en que quiere apoyarse la traición? Sí; hay traidores, es cierto: hay algunos miles de oprimidos, hay niños y ancianos arrastrados por la leva, retenidos por el terror del degüello, generales y aventureros extranjeros: he ahí el ejército y el poder de la rebelión.

Quiero que el último paisano que en estos momentos sufre los rigores de la estación y las fatigas de la guerra, por vivir

siempre á la sombra de esta Bandera, sepa que el Gobierno de su patria tiene en cuenta su humilde pero valioso sacrificio, porque da lo único que posee, que es la vida, pues ni un nombre tiene el pueblo anónimo que en la guerra se llama soldado. Sepan los valientes y fieles entrerrianos que están combatiendo, que con ello ponen el capitel al edificio de nuestra nacionalidad, y cierran para siempre el abismo de las segregaciones del territorio que recibimos en herencia de los fundadores de la Bandera Nacional.

Al terminar la historia de la misión de los obstáculos con que ha luchado esta Bandera, necesito añadir que aun le falta recibir como hijos suyos, á millares de los que aquí están presentes y que la acatan y saludan, como huéspedes.

En los Estados Unidos, nuestros predecesores y compañeros de peregrinación en este nuevo mundo, no hay extranjeros, sino los viajeros que visitan sus playas. Hay dos millones de alemanes ciudadanos, y otros tantos irlandeses y de todo origen, hasta venidos del Celeste Imperio. Aquí la amalgamación marcha con más lentitud. Acaso el fuego sagrado de la libertad, no es tan vivo todavía, para fundir las nacionalidades y hacer correr el duro bronce del pueblo regenerado, en que la humanidad va á presentar un nuevo tipo americano.

No importa. La Providencia sigue aquí otro sendero tal vez. Debemos á la España la sangre que corre en nuestras venas, y cuando la desgracia aflige á sus hijos podemos pagar la de sus héroes, los Solís, los Ayala, los Irala, los Garay, que se sacrificaron por fundar estos pueblos. Habrá patria y tierra, libertad y trabajo para los españoles, cuando en masa vengan á pedirnosla como una deuda. Y para los italianos, cuya historia es la de los pueblos de nuestra lengua, cuya arquitectura es el ornamento de nuestros edificios, cuyas bellas artes con intérpretes como la Ristori, Tamberlik, Mansoní y tantos otros, que nos han visitado embelleciendo la existencia, habrá siempre una carta de ciudadanía para ellos y sus descendientes; y nuestros ríos nuestras ciudades y nuestros campos, para teatro de sus variadas industrias.

Y los hijos de la Francia, que tanto ha sufrido por la re-dención de la inteligencia, que tantos errores ha cometido, rescatándolos y rescatándose por la gloria ó el patriotismo, tendrá bajo esta Bandera, ancho lugar en nuestros gustos, en nuestra cultura y en nuestras ideas.

Y la poderosa Albión, la enérgica raza inglesa, cuya misión parece ser someter al mundo bárbaro de Asia, Africa y de los nuevos continentes é islas al influjo del comercio, é improvisar naciones que transplantan el *habeas corpus*, la libertad sin tumulto, la máquina y la industria, bienvenida fué siempre, y bien empleados serán sus capitales en las grandes empresas que completan nuestra existencia como nación civilizada.

Y á todas las nacionalidades de la tierra, cuyos hijos tocan estas playas en busca de un lugar para hacerse un domicilio y una patria, ofrézcoles en nombre del pueblo que esta Bandera representa, la protección que ella da gratuitamente, recordándoles sólo, que el hombre es familia, tribu, nación, con deberes para con los demás, y que los sentimientos más generosos, el heroísmo, la gloria, el amor á la patria, se amortiguan no ejércitándolos; y que la elevación del alma humana desciende y desaparece, con la satisfacción exclusiva de las necesidades materiales.

Conciudadanos:

Una nación está destinada á prevalecer, cuando obedece en su propio seno á las inmutables leyes del desenvolvimiento humano.

Sin el espíritu de conquista, Roma vive en nosotros con sus Códigos, como Grecia con sus artes plásticas, su lengua y sus instituciones republicanas, completadas por el sistema representativo. Acaso es providencial que debamos existencia y nombre á Colón y á Américo Vespuccio; y si Garibaldi ha de tener su parte en la reconstrucción de Italia romanizada, su lugar en la historia lo conquistará, mezclando aquí su sangre á la nuestra, para endurecer los cimientos de nuestra Constitución, libre, republicana, representativa.

Hagamos fervientes votos, porque si á la consumación de los siglos, el Supremo Hacedor llamase á las naciones de la tierra para pedirles cuentas del uso que hicieron de los dones que les deparó y del libre albedrío y la inteligencia con que dotó á sus criaturas, nuestra Bandera, blanca y celeste, pueda ser todavía discernida entre el polvo de los pueblos en marcha, acaudillando cien millones de argentinos hijos de nuestros hijos, hasta la última generación, y depeniéndola sin mancha ante el solio del Altísimo, puedan mostrar todos los que la siguieren que en civilización, moral y cultura intelectual, aspiraron sus padres á evidenciar, que en efecto fué creado el hombre á imagen y semejanza de Dios (1).

Oración pronunciada por el doctor Belisario Roldán (hijo), en el acto del juramento á la bandera, por los conscriptos de la clase del año 1888.

Excelentísimo señor Presidente de la República:

Señores ministros: Señores:

Asuma el verbo sus majestades más altas; inspírelo la República, y brote del labio, en cláusulas opulentas de unción y de verdad, el himno á la bandera de la patria... ¡Héla ahí, eterna como los cielos que trasunta, inmutable como la soberanía que representa, serena como la nacionalidad que simboliza, á la vez triunfal y benigna, desconocida de las derrotas y camarada de la victoria...; héla ahí, ondeando jubilosa en su armonía tricolor de firmamento y sol, más sagrada que todos los lábaros del mundo, ¡arriba los corazones para escuchar esta verdad inmensa! más sagrada que todos los lábaros del mundo, porque jamás tremoló sobre el dolor de los ven-

(1) Conviene notar que el discurso que precede fué compuesto por el autor, como todo lo que producía, fundido de una pieza; pero que sus consejeros le advirtieron la necesidad de introducir palabras alentadoras para los defensores de la Nación, en la rebelión que ardía en ese momento en Entre Ríos. Fué necesario suprimir algunas páginas del discurso original y que hacían á la unidad de esta pieza magistral, para poder introducir lo que á Entre Ríos se refiere y hoy nos parece, á la distancia, una superfectación que desdice del conjunto.

El lector debe tener en cuenta esta circunstancia apuntada, y suprimir mentalmente, lo que el editor no está autorizado á cambiar.

cidos sin recoger al mismo tiempo la bendición de los libertados...; héla ahí, magnífica de anterioridades, porque cuando nació, tal fué de solidaria para con los oprimidos y de castigo para los opresores, tal de americana su misericordia, que era como si los Andes fueran su asta y todo el cielo su trapo... héla ahí, legítimamente orgullosa de su duplicado simbolismo, como que tiene á la libertad por madre y á la libertad por fruto; héla ahí, soldados de la República, lista para cobijarnos como un dosel en las jornadas fecundas de la paz ó para conducirnos, si el caso llega, con la serena precisión de un águila que vuelve al nido, á su eminencia familiar de triunfos y de glorias

Ella inviste los tonos siderales... Los inviste, no sé si porque nuestros abuelos, en la inmutable arrogancia de su gesto, miraban habitualmente hacia arriba, ó porque para traducir la pureza del anhelo común nada sugestionó tanto sus espíritus como la mansa diafanidad de un día serenísimo, ó porque al cruzar la cumbre más alta de la cordillera andina, el sable de José de San Martín, alzado en la vertical absoluta de la última invocación al Dios de las victorias, arrancó y trajo en la punta un pedazo de cielo como ejecutando militarmente el voto soberano del año dieciséis...

Acabáis de jurarla, soldados. Jurar la bandera es como subscribir el desposorio de la virilidad con la patria. Ello fué siempre un honor para toda criatura humana y respeto de toda enseña de hombres libres; pero jurar «esa» bandera ¡hay que decirlo y hay que sentirlo, señores! jurar esa bandera importa un honor muchas veces insigne. He ahí, en efecto, un girón de firmamento bajo del cual nunca pasó una nube: ni una sola mancha la sombreaba; y si es verdad, según el vibrante grito conocido, que no fué atada jamás al carro de ningún vencedor de la tierra, cierto es también ¡loado sea Dios! que en los carros vencedores donde ella tremoló como dueña señora, no se cargó jamás botín de aventureros ni se ultrajó á la dignidad humana... Paseó por América guerreando y redimiendo, como si el alma de la madre, heredada integralmente por la progénie romántica y bravía, la hubiera inducido á echarse, campo afuera, en gigantescas aventuras de redención; y cuando la victoria premió el esfuerzo supremo,

sólo supo esa progénie, en su honradez inmaculada, replegarse con un gajo de laurel entre las manos al seno del hogar propio, perseverando en el propósito generoso de ausentarse hacia arriba, para poder agrandar el feudo suyo sin disminuir el ajeno!

Así hay que comprender á esa bandera y así hay que amarla. El patriotismo de los fuertes, por lo demás, no debe ser el sentimiento melancólico y trivial que caracteriza á las civilizaciones retardadas. No, pues, la loa lamentosa y sí el grito varonil. Hemos de enorgullecernos del pasado, del presente y del futuro. Del pasado, porque aquellos guerreros perfectos bajo su triple aureola de denuedo, de destreza y de virtud, que la Iliada misma fuera más brillante si la guerra troyana hubiera podido brindar al cantor de la Odisea semejante varones por modelo...; del presente, porque malgrado las incoherencias que determina el fenómeno de la amalgama de razas á que estamos asistiendo, el país constituye ya, por la gravitación incontrarrestable de sus prestigios, el contrapeso meridional del continente americano.

Hemos de enorgullecernos del futuro... ¡arriba otra vez los corazones para encender la pupila en la visión suprema! Opulenta y triunfal la República habrá cerrado los brazos que hoy abre á todos los vientos, para estrechar entre ellos á la bienvenida caravana inmigratoria; el suelo palpitante y fiel como una esposa, seguirá rindiendo en el intercambio fecundo de productos y sudores, á razón de una espiga por cada gota...; una selva de mástiles cubrirá el Plata, tendido á los pies de Buenos Aires, celoso y temible como un guardián; asomándose al Atlántico, emporios deslumbradores alzarán en la costa argentina el prestigio ruidoso de sus actividades; el litoral pletórico exhalará como un vaho de victoria; las minas del norte habrán incorporado el tesoro de sus filones á la gran riqueza nacional, y la colonia donde ayer la tribu; donde la pagoda el Templo, donde el pajonal la floresta; donde la nada el todo; y allá el pincelazo dorado de los trigales; y allá el oleaje grávido de las espigas, y la llanura proficua y el bosque ubérrimo y la selva ondante; y ni una sola vara de tierra escapando á la rúbrica bendita del arado; y una gran raza de selección poblando

hasta el confín más remoto; y un himno al trabajo, que tendrá una estrofa por cada estado, brotando del conjunto sonoro; y los Andes, bajo la cabellera cana de sus nieves eternas presidiendo como estatuas de abuelos la expresión triunfal de muchos millones de energías; y cubriéndolo todo esa misma bandera que acabáis de jurar y de la que podrán decir nuestros descendientes agitándola ante el Plata: ¡he aquí, hombres del mundo el pabellón del pueblo más libre de la tierra!

¡Salve, bandera de la patria, hija de la libertad y madre suya; lábaro sacrosanto impregnado de unos fulgores que traducen á la vez la altura de la precedencia y la altura del destino; síntesis de una historia de redenciones y altiveces tales, que más que la pluma para contarla, fuera lo propio templar los laúdes para cantarla. . . . Salve, bandera de la patria!

Por ella y para ella, todas las vibraciones del cerebro y todas las pujanzas del músculo, por ella y para ella, soldados, hasta la última gota de sangre de las venas. . . . Rija nuestra conducta, en las jornadas de paz á que estamos destinados, el ¡Excelsior! arrogante y estimulador; y si alguna vez sonara para la República la hora de la sangre y los clarines, inspírennos siempre, por los siglos de los siglos; aquellas palabras como espartanas de la canción nacional:

¡Coronados de gloria vivamos
O juremos con gloria morir!

ORACIÓN DE LA BANDERA

En homenaje á la patria, he compuesto con todos los elementos de nuestra historia política, militar y constitucional, esta oración, para los niños y para todo argentino.—*J. V. González.*

¡Bandera de la patria, celeste y blanca, símbolo de la unión y la fuerza con que nuestros padres nos dieron inde-

pendencia y libertad; guía de la victoria en la guerra, y del trabajo y la cultura en la paz; vínculo sagrado é indisoluble entre las generaciones pasadas, presentes y futuras; juremos defenderla hasta morir antes que verla humillada! Que flote con honor y gloria al frente de nuestras fortalezas, ejércitos y buques, y en todo tiempo y lugar de la tierra donde éstos la condujeran; que á su sombra la Nación Argentina acreciente su grandeza por siglos y siglos, y sea para todos los hombres mensajera de libertad, signo de civilización y garantía de justicia.—Buenos Aires, Julio 8 de 1909.
